



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

**MIGRAR PARA CONSERVAR LA AGENCIA:
NARRATIVAS IDENTITARIAS DE MUJERES MIGRANTES VENEZOLANAS
EN CHILE**

Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios de género y cultura,
Mención Ciencias Sociales.

YINIBA CAROLINA CASTILLO PALENCIA

**PROFESORA GUÍA:
MARÍA ELENA ACUÑA MOENNE**

Santiago de Chile, año 2021

A la niña que perdió a su papá
y que solo pudo llorarlo una vez que también perdió la patria.

A lxs migrantxs expulsadx ilegalmente por el gobierno de Sebastián Piñera.
Sin poder prometerles justicia, pero anhelando profundamente que retomen los
caminos que les alivien.

A las mujeres migrantes todas,
pero en especial a las de mi diáspora.
Sin importar dónde estén, todas miramos a la misma luna por las noches.

***“Lo más subversivo que puede hacer una mujer es hablar de su vida como
si importara. Porque importa”***

Mona Eltahawy

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Eloimar, Pamela, Nora, Victoria, Yudith y Rebeca. Su confianza, el tiempo dedicado a las actividades y las emociones compartidas en nuestras conversaciones, hicieron de ésta una experiencia hermosa. Gracias también a Claudia G, que sin aparecer en el texto, fue un cúncel para su tallado.

A mi familia. A mi mamá que puede no entender lo que estudio pero no dudó en financiarme el primer año de magíster y a mi padrastro, que en su muy distinta forma de pensar, igual presume ocasionalmente que tiene una hija que estudia... “¿qué es lo que tú estudias?”. También a mis hermanas, mi abuela, mis tías, mis primas. Les amo mucho y ansío tenerles cerca.

A mi marido, con quien me casé mientras desarrollaba esta investigación y a quien prometí no agradecerle por sus incontables demandas de atención mientras procuraba avanzar. Gracias por amarme y elegirme a pesar de no entenderme del todo, y gracias por ofrecerme siempre un abrazo cuando mis pensamientos me abruman.

A mis profesores, en especial a la profesora Cecilia Sánchez, porque cada clase fue un deleite, y a la profesora Maria Elena Acuña, que siempre tuvo para mí palabras de aliento y apoyo a pesar de mis incumplimientos. Sin eso, no lo logro.

A los amigos que hice en este país, que me han despertado un amor inmenso por ellos y por este territorio. A mis amigas de Venezuela, porque son parte de lo soy.

También a dos grandes amigas que hice durante este magíster, con quienes me encontré en un entorno en el que, creo, nuestras identidades no encajaban del todo. Quizás conocerlas también fue parte de la

experiencia que me llevó a preguntarme sobre quién soy y a buscar una mirada sobre la identidad que aceptara nuestras complejidades.

Por último, a todxs lxs que me dieron sus palabras de aliento. Fueron la gasolina de un cuerpo que resintió enormemente el estrés de la pandemia y que pensó que no lo lograba.

MIGRAR PARA CONSERVAR LA AGENCIA: NARRATIVAS IDENTITARIAS DE MUJERES MIGRANTES VENEZOLANAS EN CHILE

Autora: Yiniba Castillo
Profesora guía: María Elena Acuña
Fecha: Julio del 2021

RESUMEN

El objetivo de esta investigación es conocer las narrativas identitarias de un grupo de mujeres migrantes venezolanas que residen en Santiago de Chile, y que participan en los espacios de conversación de la Fundación Mujeres Migrantes. Para ello, se realizaron una serie de encuentros reflexivos sobre migración e identidad, además de entrevistas en profundidad, que permitieron recolectar la información necesaria para la redacción de las historias que exploran la identidad desde el enfoque narrativo. Esta investigación además se basa en una perspectiva de la identidad como un concepto mutable y en constante transformación, a diferencia de perspectivas clásicas o esencialistas que plantean la identidad como un valor fijo del sujeto. El resultado es entonces, una serie de historias que pretenden dar cuenta de la complicada situación de la diáspora venezolana y las múltiples realidades posibles en la migración femenina, planteando a su vez, una visión crítica de las actuales categorías identitarias que resultan invisibilizadoras para los grupos más vulnerables.

Palabras claves: *Mujeres migrantes, diáspora venezolana, identidad narrativa, narrativas identitarias, enfoque narrativo.*

Correo electrónico: yinibacarolina@gmail.com

MIGRATE TO KEEP THE AGENCY: IDENTITARY NARRATIVES OF VENEZUELAN MIGRANT WOMEN IN CHILE

Author: Yiniba Castillo
Guide teacher: María Elena Acuña
Date: July 2021

ABSTRACT

The objective of this research is to know the identity narratives of a group of Venezuelan migrant women who reside in Santiago de Chile, and who participate in the conversation spaces of the Fundación Mujeres Migrantes. To do this, a series of reflective encounters on migration and identity were held, as well as in-depth interviews, which made it possible to collect the necessary information for the writing of stories that explore identity from a narrative approach. This research is also based on a perspective of identity as a mutable and constantly transforming concept, unlike classical or essentialist perspectives that pose identity as a fixed value of the subject. The result then, is a series of stories that attempt to account for the complicated situation of the Venezuelan diaspora and the multiple possible realities of female migration, posing at the same time, a critical vision of the current identity categories that invisibilize the most vulnerable groups of people.

Keywords: *Migrant women, Venezuelan diaspora, narrative identity, identity narratives, narrative approach.*

Correo electrónico: yinibacarolina@gmail.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
EL PROBLEMA	12
Contexto migratorio chileno	12
La diáspora venezolana	14
La diáspora venezolana como un interés personal	15
Ser mujer y ser migrante: La pregunta sobre la identidad	19
OBJETIVOS	23
MARCO CONCEPTUAL	24
Aproximación al sujeto “mujer”	24
Aproximación al sujeto “migrante”	26
¿Migran las mujeres?: Feminización de la migración	28
Mujer Migrante: Radicalización de la alteridad	30
La identidad de las mujeres migrantes como punto de interés	33
Procesos identitarios	36
La identidad como no-subjetiva	36
La identidad subjetiva	39
La identidad narrativa	40
La identidad narrativa en las mujeres migrantes	41
Identidad y alteridad	42
Identidad, reflexividad y la búsqueda de sentido	43
Identidad, propósito y agencialidad	45

“Salvar” la agencia de las Mujeres Migrantes	47
MARCO METODOLÓGICO	48
El Enfoque o método narrativo	48
Método de recolección de datos	49
Sobre los conversatorios de Fundación Mujeres Migrantes	50
Los encuentros: Narrar la migración	51
Sobre el autorretrato como instrumento reflexivo	52
Problematizando mi posición como sujeta-investigadora	52
RESULTADOS	56
Narrar la identidad migrante	56
¿Por qué migramos?	57
Narrativas identitarias	58
Eloimar viaja	60
Pamela baila	64
Nora habla	70
Victoria trabaja	76
Yudith camina	80
Rebeca ama	85
Yiniba Llorca	90
REFLEXIONES FINALES	96
BIBLIOGRAFÍA	105

INTRODUCCIÓN

El pasado mes de febrero de 2021, una mujer venezolana murió al intentar cruzar las aguas heladas del Río Bravo, en la frontera sur de Estados Unidos, mientras otros dos migrantes venezolanos fueron rescatados con serios signos de hipotermia (BBC News Mundo, 2021). En mayo, Carmen Dávila, venezolana de cincuenta y nueve años, murió en el desierto altiplánico intentando llegar a Chile, siendo el sexto fallecimiento en la zona para lo que va de año (Meganoticias, 2021). Según ACNUR (2021), más de cinco millones de venezolanos han salido del país en condición de migrante o refugiado y se espera que lleguen a seis millones este año, a pesar de las restricciones de movilidad para el control de la pandemia del COVID-19. El escenario, que no parece vislumbrar mejorías en el horizonte, mantiene en tensión a la comunidad internacional y especialmente a los liderazgos latinoamericanos.

Las historias más trágicas aparecen en las primeras planas del mundo de vez en cuando, los políticos levantan el tema para agrupar a los electores a su favor o en su contra, y mientras tanto, miles de personas migrantes venezolanas viven vidas aparentemente particulares, que a su vez forman parte de un gran contexto social, económico y político. A la diáspora venezolana se le ha tildado de privilegiada (El Universal, 2018), se le ha culpado por la desestabilización política en Chile y Colombia (CIPER, 2021), se le ha responsabilizado del aumento de la delincuencia (France24, 2021) e incluso, el propio presidente venezolano, Nicolás Maduro, acusó de ser “armas biológicas” a los que retornaron al país en vista de la crisis económica producida por la pandemia (ABC Internacional, 2020). La historia está en boca de todos.

Por su parte, la historia de la migración de las mujeres no es tan frecuentemente contada a pesar de que los organismos internacionales ya hablan de una “feminización de la migración” y de que la población migrante en Chile está compuesta mayoritariamente por mujeres (Organización Internacional para las

Migraciones, OIM, Misión de Chile, 2016). La feminidad, si se cruza con la diáspora venezolana, suma particularidades a las historias que no gozan de tanto protagonismo en los medios, ¿quiénes son las mujeres migrantes venezolanas? ¿cómo son sus experiencias?

En el medio están las voces femeninas de la diáspora, que quedan fácilmente camufladas entre el bullicio de los liderazgos y reducidas a una masa uniforme que acumula prejuicios y tragedias. Por eso, la intención de esta investigación es escuchar y documentar esas voces menos frecuentes y dar cuenta de las historias individuales detrás de una historia ya tan contada.

Dicha escucha se realiza a través de conversatorios online, que como instrumento catalizador de experiencias y emociones hace uso del autorretrato, para adentrarse en la exploración de las narrativas identitarias que dichas mujeres migrantes construyen con la migración como momento central en ellas. Lo compilado, además, se complementa con entrevistas en profundidad que ofrecen la oportunidad a las participantes de estructurar individualmente su relato. Ellas se retratan y ellas se cuentan en respuesta a los miles de publicaciones que, a costa de una historia que las cruza, se realizan a diario.

Las historias escuchadas se narran, entonces, desde la voz de la investigadora y también participante, que, al ser también mujer migrante y venezolana, comparte los espacios de conversación procurando horizontalidad y confianza. Su historia (la mía), se cuenta por eso entre las que componen este trabajo. Haciendo uso del método narrativo, se divide su experiencia y las del resto de las participantes en tres capítulos, que representan tres momentos comunes a todas las historias y de gran relevancia para el momento narrado: la decisión migrar, las emociones de la llegada a destino y la situación actual; todo ello, explorando los significados que las participantes dan a cada momento y la “agencialidad” con la que asumen y narran las situaciones.

Lo que se destaca entonces es que las mujeres migrantes venezolanas, siendo parte de un proceso histórico de grandes repercusiones, también asumen el

protagonismo de su historia al vivirla y contarla, reclamando su autodeterminación aún entre una entramada de subordinaciones culturales, legales y económicas. Reclamando la decisión que toman y el camino que deciden seguir, siendo individuos particulares y en auténtico ejercicio de su capacidad de agencia, dentro del contexto específico que les ha tocado vivir.

La pretensión es hacer un rescate de ese poder individual dentro de las historias homogeneizantes, no en un intento de “lavar la cara” a sistemas opresivos, sino con la intención honesta de presentar alternativa ante los medios de comunicación y también las ciencias sociales, que ante la construcción de categorías con frecuencia reduccionistas o revictimizantes, terminan despojando a las sujetas migrantes, racializadas o empobrecidas de individualidad, autonomía e identidad.

EL PROBLEMA

Contexto migratorio chileno

En el mundo globalizado en que vivimos, las fronteras son cada vez más dinámicas. Los proyectos migratorios se masifican y son cada vez más las personas que deciden o se ven forzadas a alejarse de sus territorios originarios para asentarse en otros. Según Pérez y Paiewonsky (2008), citados por Palacios (2016), se calcula que “un tres por ciento de la población mundial –cerca de 200 millones de personas– vive fuera de sus países de origen, 50% de los cuales son mujeres.” (p. 151).

En el caso de Chile, la inmigración se incrementó notablemente durante la década de los noventa del siglo XX. Sin embargo, es a partir de la primera década del siglo XXI que se posiciona como “uno de los principales países de destino de la migración en el concierto sudamericano” (Observatorio Iberoamericano sobre movilidad humana, desarrollo y migraciones BIMID, 2016) siendo en la Región Metropolitana (la capital y sus alrededores), donde se concentra la mayor cantidad de población migrante (61,5% del total).

Según datos del Departamento de Extranjería y Migración, 1.975.247 de visas fueron otorgadas a extranjeros entre 2010 y 2019, de las cuales 56% fueron otorgadas solo en los últimos tres años. (La Tercera, 2019). Para 2016, según el Observatorio Iberoamericano sobre Movilidad Humana, Migraciones y Desarrollo, la principal comunidad residente era la de los peruanos (31,7%), seguidos por argentinos (16,3%), bolivianos (8,8%), colombianos (6,1%) y ecuatorianos (4,7%) (OBIMID, 2016). Sin embargo, con el aumento del flujo antes mencionado, la migración venezolana y la haitiana pasaron a los primeros lugares de las estadísticas.

Según el Instituto Nacional de Estadísticas (INE) y el Departamento de Extranjería y Migración (DEM) (2019), para el cierre del 2018 la mayor comunidad migrante era la venezolana (23%), seguida de la peruana (17,9%), la haitiana (14,3%), la colombiana (11,3%), la boliviana (8,6%) y la argentina (6%). Por su parte, según el Censo de 2017, las estadísticas disgregadas por sexo indican que la proporción entre hombres y mujeres migrantes en Chile es similar a las mundiales, salvando una ampliación de la brecha en el caso de la migración proveniente de Bolivia, donde un 56,4% son mujeres, y la migración proveniente de Haití, donde solo un 34,2% son mujeres (INE, 2019; citado por La Asociación de Municipalidades de Chile (AMUCH), 2019)

En cuanto al marco legal que rige este fenómeno, cabe destacar que fue concebido bajo la lógica de “seguridad nacional”, conteniéndose principalmente bajo el Decreto Ley 1.094 promulgado en el año 1975. Éste establece los tipos de visa: de estudiante, sujeta a contrato, temporaria, por asilo político y por condición de refugiado. Sin embargo, otros tipos de visa han surgido a lo largo de los años (como la Visa Tech, impulsada por el gobierno de Michelle Bachelet y vigente desde 2017 o la Visa de Responsabilidad Democrática, dirigida a venezolanos e instaurada por el gobierno de Sebastián Piñera en 2019) o desaparecido (como la visa temporaria por motivos laborales, eliminada en 2018) (AMUCH, 2019).

Todas las visas anteriores permiten, en un período que va de uno a dos años y que depende del cumplimiento de requisitos específicos para cada tipo, la posterior solicitud y adjudicación de un Certificado de Permanencia Definitiva. Dicho certificado permite al extranjero o extranjera la permanencia en el país por tiempo indefinido, siempre que no se permanezca fuera de Chile por más de un año ininterrumpido (DEM, 2020).

La diáspora venezolana

El que ahora la mayor población migrante en Chile sea la venezolana no responde a un fenómeno particular chileno ni es producto de mera casualidad. La crisis económica, política y social venezolana, que combina al cuestionado gobierno de Hugo Chávez (aunque fallecido) y su “heredero” político Nicolás Maduro, con los precios del petróleo más bajos de la historia y distintas sanciones económicas impuestas por los gobiernos de Estados Unidos y la Unión Europea; ha provocado una de las olas migratorias más masivas de la historia.

La diáspora venezolana, en pocos años, conquistó los primeros lugares de ingresos regulares e irregulares en distintas fronteras del mundo. La razón apunta a una realidad que ha terminado por “salpicar” a distintos países de todo el globo: la situación política y económica venezolana llegó a indicadores críticos entre los años 2013 y 2016 y produjo una migración sin precedentes dentro de la historia del país petrolero.

Para Albornoz y otros (2018), países como Colombia, España, Panamá, Ecuador, Perú y Chile con los países más impactados por la diáspora venezolana, al punto que le incluyen como tema recurrente en los espacios de toma de decisiones nacionales, tal como lo hacen organismos regionales como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y El Mercado Común del Sur (MERCOSUR). En este sentido, según documentan Stefoni, C. y Silva C. (2018) el 66,7 % de los inmigrantes de origen venezolano residentes en Chile, llegó entre el 2010 y el 2017, concentrándose de estos, el 61 % de los casos, en los últimos tres años; es decir entre el 2015 y el 2017 (Instituto Nacional de Estadísticas, 2018).

Por su parte, la precariedad de la migración venezolana, más presente en las oleadas recientes (posterior a 2016), parece la responsable de la pobreza, xenofobia, violencia e incluso peligro de muerte que bien han documentado los medios de comunicación de los países receptores en relación con esta diáspora. De forma particular, las mujeres venezolanas se han visto expuestas a redes de trata,

prostitución y violencia de género con desenlace en femicidio. Los casos de la red de trata destapada en El Callao (Lima, Perú) y el asesinato de 41 mujeres venezolanas en el exterior para 2019 (dos de ellas en Chile), es una muestra de ello (Battistessa, 2019).

La diáspora venezolana como un interés personal

A partir de este punto me tomo la libertad de narrar en primera persona, porque en adelante y con la base anterior, empiezo también a contar como mi historia de migrante venezolana, se involucra con la investigación que desarrollo en adelante. En el año 2017, como profesional de las ciencias sociales y como migrante venezolana radicada en Chile, empecé a interesarme en las historias de migración. El 16 de julio de ese año la oposición venezolana organizaría un plebiscito, con la intención de remover de su cargo al actual presidente del país y líder del chavismo, Nicolás Maduro. Ese día fui al supermercado, compré un termo para bebidas calientes de aprox. 2 litros y mezcla para preparar chocolate caliente. Siendo julio, las posibilidades de un día frío eran altas y yo me había preparado para cambiar chocolate caliente por historias de migración.

Ese día recogí cuatro historias, de seis personas. Los primeros eran unos muchachos muy jóvenes, de Caracas y Valencia, primos; que habían llegado a Chile por tierra acompañando a una tía en el complicado camino, con la que luego tuvieron ciertas discusiones que los dejaron durmiendo en la lavandería del edificio. Los segundos, eran una joven familia de Portuguesa; donde el papá, ingeniero industrial y locutor profesional, había llegado a vender botellas de agua en distintas estaciones del Metro de Santiago para sostener a su familia.

El tercero fue un señor mayor, que esperaba poder rehacer en Chile el negocio de reparación y venta de aires acondicionados que había dejado en Venezuela y la última, era un chica que había migrado a Buenos Aires buscando un

poco de paz, después de haber vivido la “simulación de secuestro” (este *modus operandi* de la delincuencia venezolana que consiste en robar un celular y usarlo para llamar a los familiares del dueño o dueña, fingiendo que le tienen secuestrado, para conseguir más dinero) de su novia, y que había llegado a Chile, luego de terminar con esa novia, sintiendo el fracaso de la relación perdida pero ansiosa de las oportunidades que ofrecía este Santiago tan parecido a Caracas en sus paisajes.

Escribí esas historias y las publiqué en mis redes sociales, pero me quedé con la sensación de que era un trabajo poco profundo. No porque las historias no fueran relevantes o representativas de la situación venezolana, sino porque con el relato de la única mujer que entrevisté ese día, me quedé pensando en las historias de las mujeres con las que no hablé, que además de posiblemente parecidas a la mía, sentía “camufladas” dentro de los discursos más documentados por los medios, en este eterno engaño del género neutro que en realidad solo nos invisibiliza frente a un status quo masculino.

Fue por ello por lo que la pregunta se transformó de “¿cómo son las historias de los migrantes venezolanos?” a “¿cómo son las historias de las mujeres migrantes?”, y un día, ya en enero de 2018, pensando en ello, usé las redes sociales de una pequeña fundación feminista de la que fui parte en Venezuela, aprovechando el tamaño de la diáspora, para preguntar quiénes en Santiago de Chile querrían reunirse a hablar sobre el ser mujeres y migrantes en este contexto. Recibí dos respuestas y nos citamos en un café.

El día de nuestra cita, 13 de febrero de 2018, conocí a dos venezolanas con una edad muy cercana a la mía (incluso una de ellas era originaria de mi ciudad) y nos contamos nuestras migraciones desde el principio: Cómo empezamos a pensar en migrar, qué situaciones habían sido “detonantes”, por qué habíamos empezado a pensar en Chile y cuáles eran nuestras otras opciones, qué nos llevó a decantarnos por Chile, cuándo llegamos, en qué condiciones, cómo lo tomaron nuestras familias, cómo nos despedimos de los nuestros, las dificultades de los primeros días, el primer trabajo en Santiago, los amigos ganados, el feminismo, la

economía y cómo habíamos llegado hasta ese café que nos había juntado. Contando nuestras historias las entendimos un poco mejor, y escuchando las historias de las otras escuchamos también partecitas de la nuestra. El encuentro nos sirvió para pensar nuestras experiencias con mayor profundidad y, sobre todo, para sabernos juntas. De allí, sabíamos que esto tenía que repetirse.

En noviembre de 2017 yo había conocido a Pamela. Me la presentó Susana Reina, que era una amiga que me había regalado el feminismo venezolano. Pamela era otra de las tantas chilenas cuyas familias habían huido de la dictadura en los setenta. Así, Pamela la chilena, se había convertido en realidad en una venezolana “de pura cepa”, que ahora, como muchas otras chilenas-venezolanas, estaba de vuelta en su tierra huyendo de otra dictadura. Por eso nos conocimos en noviembre luego de haber coordinado, por medio de Susana, que me pasara buscando en los alrededores del Mall Plaza Egaña, en el oriente de Santiago. Ese día hablamos de feminismo, de Venezuela, de nuestras migraciones, y nos prometimos trabajar juntas apenas pudiéramos, nos hicimos amigas. De allí que, después del café de febrero con las otras dos chicas migrantes, llamé a Pamela y fui a su casa para contarle la gran experiencia que había tenido y de la cuál sentía que algo bonito podía surgir, aunque no tenía idea de qué.

Pamela es comunicadora social graduada en la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas, Venezuela). Sus raíces chilenas fueron lo suficientemente fuertes como para atraerla a estudiar el Magíster en Biología Cultural de la Universidad Mayor, impartido por el creador de esta epistemología, el profesor Humberto Maturana. Con ello, Pamela había hecho una gran carrera en transformación cultural empresarial, con organizaciones de Venezuela, Argentina y Chile. Esa experiencia le sirvió para escuchar mi relato del encuentro del café y entender que sus métodos podían ser útiles para crear espacios de conversación entre mujeres migrantes donde compartiéramos nuestras experiencias y sensaciones de forma inédita (al menos para nosotras, porque de verdad que nunca lo habíamos hecho)

y profunda. Nos organizamos para convocar el primer conversatorio durante la primera semana de marzo y así lo hicimos.

Era 3 de marzo de 2018 y Santiago Centro nunca se había sentido tan caluroso. Pamela y yo nos juntamos temprano, a la altura de Bellas Artes, para comer y prepararnos un poco para lo que vendría más tarde. Teníamos anotadas a veinte mujeres migrantes, aunque esperábamos unas doce. La idea es que no fuera un grupo muy numeroso para aprovechar la conversación al máximo, pero llegaron quince y había un calor insoportable en el salón que nos prestaron, de un edificio cerca del Metro Moneda. No teníamos permitido tomar ni agua. Con todo eso, fue un espacio donde quince mujeres, todas casualmente venezolanas, aunque convocamos a mujeres migrantes de cualquier origen, compartieron, dejando de lado el pudor, la historia íntima de su migración. La que no se le cuenta a la familia para que no sufra, la que no se les cuenta a los amigos para no quedar mal, la que no se les cuenta a los compañeros de pega para no producir lástima.

Empezamos así un espacio que tenía como objetivo “conversar” sobre la experiencia migratoria, reconociendo que no es una conversación sencilla ni de sobremesa, para documentar con ello cómo se estaba viviendo la migración para las mujeres cuya trayectoria las había traído hasta Santiago de Chile. Documentación que posteriormente sería analizada, para encontrar lo que hemos llamado “la pauta que conecta”, o las historias comunes que permiten una sistematización y posterior comprensión del fenómeno. Por último, luego de aquellos datos documentados y analizados, iría nuestro actuar, independientemente o junto a otras organizaciones o instituciones, para que las vulnerabilidades encontradas cambiaran en pro de la vida de las mujeres migrantes de todo Santiago. Y nos repetimos ese “conversar, documentar, comprender, actuar” como una retahíla.

Con eso en mente hicimos los conversatorios tres, cuatro, cinco y seis; para los que logramos vincularnos con el Centro Cultural Gabriela Mistral, que además de ampliar masivamente nuestra capacidad de convocatoria (los conversatorios

podían llegar a tener hasta a 300 personas interesadas cuando no podíamos recibir más de 15), nos permitió diversificarla, logrando así abrir las conversaciones a mujeres migrantes originarias de: Brasil, México, Colombia, Argentina, Ecuador, Guatemala, Honduras, Estados Unidos, Italia, España y Austria.

Luego nos mudamos con nuestros aprendizajes a la Biblioteca de Providencia y empezamos a notar que más importante que los objetivos que nos habíamos planteado, estaba siendo lo que estábamos logrando: un espacio de escucha, auto exploración, contención y (quizás lo más importante) reconstrucción de las redes de apoyo perdidas en el proceso del desarraigo. Nos constituimos como “Fundación Mujeres Migrantes” en 2019, abrimos nuestro abanico de actividades y continuamos trabajando.

Así desde ese 3 de marzo de 2018 y hasta el momento en que escribo este relato, hemos realizado 25 conversatorios (cuatro de ellos online, pues desde marzo del 2020 nos encontramos en una intermitente cuarentena a raíz de la pandemia del coronavirus) donde hemos escuchado y contado nuestras experiencias migratorias con más de ciento cincuenta mujeres de distintos orígenes y con distintos destinos, teniendo solo en común, además del idioma, el ser mujeres y ser migrantes.

Ser mujer y ser migrante: La pregunta sobre la identidad

Hay varias “anécdotas” de mi propio proceso migratorio que me han abierto la mirada hacia el fenómeno y creo que casi todas están relacionadas a la identidad, pues finalmente migrar trastocó también lo que creo que soy. Yo, por ejemplo, antes de migrar a Chile solo conocía otro país de América del sur, Colombia, y era demasiado cercano a Venezuela como para notar gran diferencia. Luego de llegar al verdadero sur del sur, me di cuenta de que Venezuela estaba demasiado al norte y que yo era mucho más caribeña que latinoamericana. Eso de ser “caribeña” es

nuevo, pues es un concepto que apenas reconocía y que difícilmente habría relacionado antes conmigo. Pensé, si es que pensé en ello, que era una identidad reservada a la gente que nace en las islas del Caribe.

Entonces lo que yo pensaba parte de mi latinoamericanidad, como mi “salsa”, mi “reggaetón”, mis “merengues” de Elvis Crespo, mi costumbre de hablar fuerte, mi soltura para hacer nuevas amistades y mi sensación de pertenecer al mar, en verdad no eran rasgos latinoamericanos sino caribeños, y ahora se notaba que venía de tierras eternamente calientes. Se me notaba en la piel, se me notaba en el “ritmo”, en el acento, en los colores que elegía al vestir, en la coquetería, en la simpatía, en la sonrisa fácil o en el maquillaje. Y quizás todo se exageró cuando llegué porque no sabía qué hacer, así que hacía el papel que el nuevo lugar me asignaba.

Llegué a Santiago en invierno, lista para vivir acá, aunque nunca había viajado a Chile antes, y bien preparada con abrigos, pero, con pocas ideas de cómo combinarlos. Llevaba el pelo muy corto para entonces y detestaba como se me veían los gorros de invierno. No me veía a mi misma como una venezolana propia del estereotipo, pero no podía haberme salvado de heredar un poco de esa cultura venezolana exageradamente preocupada por la belleza. Me maquillaba bastante más que la chilena promedio y proyectaba una imagen muy particular sin siquiera darme cuenta. No iba a usar esos gorros de invierno que me hacían ver masculina, así que, como necesitaba algo que cubriera mi cabeza del frío, por lo que empecé a usar algunos pañuelos que había traído como turbantes.

Funcionaba bien, me gustaba el *look*, y luego no podía estar sin un turbante. Mi pelo iba creciendo, yo me ahorraba el dinero de la peluquería y ocultaba su desorden. Y así de alguna forma, sin darme cuenta, estaba encajando perfectamente en el estereotipo. Extrañar mi casa me hacía escuchar más salsa y merengue que de costumbre, promovía que se escuchara reggaetón los viernes en el trabajo, usaba faldas, argollas y estampados brillantes y no salía nunca de mi casa sin mi turbante. La gente a veces volteaba a verme en la calle y frecuentemente

me preguntaban de dónde era, aunque presumo que se adelantaban mentalmente a la respuesta. Mis nuevos amigos me mostraban que habían ido a República Dominicana, fumado un habano o tomado ron. Un taxi desconocido me dijo que las caribeñas éramos calientes. Una compañera de trabajo decía frente a todos que yo era la más alegre, siempre. Me hice caribeña. Nunca había sido caribeña en Venezuela (allá, por ejemplo, nunca usé turbantes, ni me distinguía por saber bailar o ser muy amistosa), pero era caribeña ahora. Era caribeña aquí.

Pero además de caribeña era venezolana, y ser venezolana tiene sus cargas. Otra “anécdota” que hoy me es interesante de mi migración, es que fue impulsada por venir a estudiar precisamente el magister del que hoy soy tesista. Eso decía a todos: “me voy a Chile a estudiar” y me salvaba de la parte oscura de la conversación, “me vine a Chile a estudiar” y me salvaba de las preguntas por la crisis, por el dinero, por mi tiempo de estadía, por mi situación legal o por mi familia. Ahora sé que nunca vine para acá precisamente a estudiar.

Me vine mucho antes de haber postulado al Magíster en Género y Cultura, Mención Ciencias Sociales, de la Universidad de Chile y estaba de visita en Venezuela cuando recibí la noticia de que no me habían aceptado (en mi primer intento, año 2016). Me había traído a mi pareja conmigo a Chile (fue su decisión, pero impulsada por la mía) y él estaba haciéndose estable luego de una migración a Panamá que nunca pudo concretarse en un estatus de residente legal. No iba a volver, lo sabía, pero era más cómodo decir que había venido a estudiar porque me deslastraba de esa migración incierta e incómoda de los que no tienen fecha aproximada de regreso y, sobre todo, porque me separaba de la migración venezolana que ya estaban llegando a Chile con los síntomas de la crisis a costas.

De allí, ahora se me abren en la mente muchas preguntas que sé que gracias a los conversatorios que hemos hecho con la fundación y que describí al principio, tengo mucho más claras: ¿Cuánto repercute lo que los otros ven en nosotras en nuestra forma de vernos a nosotras mismas? ¿Cuánto de lo que dejamos atrás nos define? ¿Cuánto de lo que conocemos ahora somos capaces de asimilar como

propio? ¿Qué vamos descubriendo sobre nosotras mismas y nuestras historias durante el proceso migratorio? ¿Cuál es la historia de migración que nos contamos? ¿Cómo se forma esa historia? ¿Qué muestra? ¿Qué esconde?

Los conversatorios que hacemos con la Fundación Mujeres Migrantes han sido un espacio de autoanálisis maravilloso que, a su vez, han motivado el autoanálisis de otras varias mujeres migrantes que han asistido. La migración, la venezolanidad y el ser mujeres, pasan a ser categorías que nos convocan y que funcionan como el pegamento que nos enlaza para entablar conversaciones, pero que no por eso dejan de estar en cuestión. La identidad es un constructo en cuestionamiento permanente, de forma consciente o inconsciente, durante el proceso migratorio y por eso mi pregunta no podría ser otra sino esa.

Las historias que nos relatamos nos van dando pistas de lo que somos y en la medida que esa historia toma sentido, nos vamos entendiendo y conociendo. Es por eso por lo que, considero el espacio del conversatorio tan importante para comprender la experiencia migratoria e incluso para aceptarla. Este espacio, al empujarnos a contar nuestra historia, nos empuja a darle sentido, y una vez verbalizada y entendida, dotada de sentido, nos produce una gran sensación de alivio porque ¡uff!... al menos hoy entendemos lo que somos. Al menos hoy tienen sentido los dolores, las renunciaciones y somos capaces de enunciar lo ganado. De allí que me pregunte: ¿Qué narran las narrativas identitarias de las mujeres migrantes venezolanas que participan en los espacios de conversación de la Fundación Mujeres Migrantes?

OBJETIVOS

General

Conocer, desde el enfoque narrativo, las narrativas identitarias de un grupo de mujeres migrantes venezolanas que participan en los espacios de conversación de la Fundación Mujeres Migrantes.

Específicos

1. Narrar los razonamientos y circunstancias que llevaron a las mujeres venezolanas que participan en los espacios de conversación de la Fundación Mujeres Migrantes, a tomar la decisión de migrar.
2. Describir la experiencia migratoria de las mujeres venezolanas que participan en los espacios de conversación de la Fundación Mujeres Migrantes.
3. Comprender la agencialidad de las Mujeres Migrantes participantes: el rol de dichas narrativas identitarias como herramienta para dar sentido al proceso migratorio.

MARCO CONCEPTUAL

Aproximación al sujeto “mujer”

Simone De Beauvoir se dispuso, en el desarrollo del “Segundo sexo”, a conceptualizar a la mujer como sujeto de estudio desde la filosofía existencialista y diferenciándola de la hembra cuya conceptualización se basa netamente en características biológicas. Así, consiguió posicionar en el pensamiento académico de la época que el “ser mujer” estaba dado por factores culturales más que por rasgos físicos. De allí que se resume su pensamiento a que “una mujer no hace, (sino que) se hace”.

Sin embargo, el proceso en que la mujer “se hace” no es un proceso al margen de estructuras sociales previas a su existencia. Sartre, filósofo existencialista que compartió desarrollos teóricos con De Beauvoir, considera conforme a ello, al sujeto existencialista como un “condenado a ser libre”, lo que quiere decir que dado su “espacio de existencia” está obligado a tomar decisiones que generarán definiciones en su vida, desde el momento que nace, pero no previo a él, pues ni su existencia ni las condiciones en las que se origina ésta están dadas a la elección del sujeto.

Por eso, hacerse mujer no es completamente un proceso activo. Para Celia Amorós (1991) “el discurso de las mujeres sobre sí mismas, sobre su inserción en la realidad social, es un discurso alienado, un discurso descentrado en relación al propio sujeto del discurso. No es el discurso propio del sujeto, sino el discurso elaborado por y desde alguien que constituye al otro como objeto en el proceso mismo de su autoconstitución” (p. 56). Es decir, la mujer, desde el momento en que inicia su existencia, se encuentra sometida a un discurso anterior a ella que la define

y que le lleva a construirse a sí misma a partir de su noción del sujeto masculino, que como sujeto de la cultura dominante, erige como un “otro” del que se diferencia. Así, la mujer es un “otro” frente a la cultura dominante que, a pesar de autoconstruirse, su noción dependerá de lo que ese otro dominante ha definido para ella.

Dicha dinámica en que la mujer se reconoce como mujer, es explicada por Martín (2008) como el proceso donde la mujer “determina y se diferencia con respecto al hombre, y no a la inversa; ella es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el sujeto, es el Absoluto: ella es la Alteridad. (...) Ningún colectivo se define nunca como Uno sin enunciar inmediatamente al Otro frente a sí” (P. 86-87)

La feminidad (y el sujeto mujer) se constituye entonces en un “discurso inconsciente”, si se le mira bajo el aporte de la psicoanalista Juliet Mitchell (Celia Amorós, 1991). Ello hace posible la identificación de la mujer como colectivo con su propia alienación, es decir, hace posible que “el ser-para-otro, definido desde el otro, se haya convertido en un destino protagonizado por la mitad de la especie humana” (p. 59). Esto pues, “la ley patriarcal habla a cada uno y por cada uno en su inconsciente; (y) la reproducción de la ideología de la sociedad humana queda asegurada de este modo en la adquisición de la ley por cada individuo. El inconsciente que Freud analizó podría describirse, entonces, como el lugar de la reproducción de la cultura o ideología.” (p. 60)

De allí, que las mujeres hayan vivido al margen de los procesos histórico-políticos, protagonizados y aprovechados solo por las élites androcéntricas. De allí también que la participación de la mujer en la creación de conocimiento, tanto como de la visión de su propio ser, sea marginal y esté completamente opacada por las definiciones hegemónicas:

“Las mujeres fuimos excluidas en la narración de la historia, en la historiografía, en ese relato que hace el ser humano de su pasado o de su tiempo; en el que la memoria queda reflejada de manera explícita por el propio sujeto humano. Coincide en éste y todos los ámbitos que el sujeto humano, no solo por el lenguaje masculino universal, es

propiamente el hombre. La narración histórica oficial fue realizada por hombres, trata el hacer masculino, tiene protagonistas masculinos y, por ende, ha creado un conocimiento androcéntrico, cuya interpretación del hacer humano, pretendidamente universal, ha sido naturalizada como “la” realidad en la cultura.” (Red Chilena contra la violencia hacia las mujeres, 2016.)

Y aunque la construcción del sujeto mujer haya sido tan importante para los estudios de la mujer y posteriormente los estudios de género, hoy las ciencias sociales critican sólidamente a quienes continúan hablando de “la mujer” como colectivo homogéneo, o mantienen un enfoque victimista en su conceptualización. Por ello, se considera de importancia la objeción sobre el reduccionismo y la perspectiva victimista que produjo la inclusión del término «mujeres», “en plural, reconociendo de este modo la diversidad de las existencias femeninas.” (Martin, 2008, Pág. 33)

Es a partir de esa diversidad, aún reconociendo la necesidad de utilizar modelos para la observación de ciertas realidades, que se abre paso la pregunta sobre las realidades concretas que viven las mujeres cuando a su condición de “mujer” se suma la condición de “migrante”.

Aproximación a la sujeta “migrante”

Según Giménez (2003, citado por AMUCH, 2019), la “migración es el desplazamiento de una persona o conjunto de personas desde su lugar habitual de residencia a otro, para permanecer en él más o menos tiempo, con la intención de satisfacer alguna necesidad o conseguir una determinada mejora”. A ello, sin embargo, es posible agregar que los contextos de migración actuales tienden a reflejar una realidad que va “más allá” de “la satisfacción de necesidades” o “consecución de mejoras”, si no que implican posiblemente, en un sentido amplio,

desplazamientos forzados producto de condiciones de violencia, o crisis políticas, económicas o ambientales.

El término “migrante”, según la Organización internacional para las migraciones, designa a “toda persona que se traslada fuera de su lugar de residencia habitual, ya sea dentro de un país o a través de una frontera internacional, de manera temporal o permanente, y por diversas razones.” (OIM, 2019). El migrante, por tanto, puede encontrarse en una variedad de condiciones, entre las que se encuentran situaciones con bajo riesgo de vulnerabilidad como la originada por razones de trabajo y estudios, o podría estar encontrarse en una situación de movilización forzosa a través de la trata de personas, por violencia en su lugar de origen, crisis ambientales, económicas y/o políticas.

De Beauvoir, en la introducción del Segundo Sexo (1969), utiliza al “extranjero” como ejemplo de otredad para explicar la situación de la mujer. Allí explica que “para el aldeano, todos los que no pertenecen a su aldea son «otros», de quienes hay que recelar; (así como) para el nativo de un país, los habitantes de los países que no son el suyo aparecen como «extranjeros»; los judíos son «otros» para el antisemita, los negros lo son para los racistas norteamericanos, los indígenas para los colonos, (y) los proletarios para las clases poseedoras.” (De Beauvoir, p. 4)

Ser un “otro migrante” representa entonces, reconstruir la identidad una vez abandonado el lugar de origen, para definirla nuevamente en alteridad con el otro nativo, lo que, al igual que en la situación de la mujer, puede llevarle a “absorber” para la identidad, elementos que no vienen de la cultura propia, sino que vienen de la idea de la propia cultura que tiene el otro. Conforme a esto, Olmos (2011), quien estudió el imaginario migrante en la frontera de México con Estados Unidos, narra que “la pérdida de referencias culturales que sufre un sujeto al llegar a una cultura extraña presupone, de entrada, un peligro al desajuste de sus valores. Por esta razón, el migrante se representa al otro de acuerdo con sus parámetros imaginarios, fantásticos y culturales.”

Y en dicha construcción que el nativo hace del “otro” migrante; siguiendo lo que parecería una herencia colonialista, se parte mayoritariamente del “prejuicio de que los otros pertenecen a un estatus inferior de la cadena evolutiva. Esta preconcepción sobre el “salvaje” se prolonga durante siglos como preludio a la creación de la sociedad mestiza de la región.” (Olmos, 2011)

Además, un factor que genera gran estigma sobre el “otro migrante” es la percepción que parece tener el nativo de que todo “otro” representa una amenaza, en cuanto este pudiera estar ocupando su lugar en la sociedad, como se percibe en el titular del artículo de La Tercera del 20/09/2018: “Nos quitan el trabajo: 7 mitos de la inmigración en Chile”. De la misma forma describía De Beauvoir (1969) cómo la burguesía conservadora de su época se mostraba amenazada ante la emancipación de las mujeres: “En el Hebdo-Latin, un estudiante declaraba el otro día: «Toda estudiante que logra el título de médica o abogada nos roba un puesto de trabajo.» (De Beauvoir, p. 7). Ello nos muestra que tanto “migrante” como “mujer” son sujetos construidos como “otro” frente a la cultura hegemónica y que, por tanto, quien cumpla ambas condiciones verá radicalizada su condición de “otro”.

¿Migran las mujeres?: Feminización de la migración

A sabiendas de esa radicalización de la otredad en los sujetos con vulnerabilidades interseccionadas, sucede además el cambio del sujeto migrante hegemónico masculino. Ya no alcanza pensar a las mujeres como acompañantes en los procesos migratorios iniciados por un “cabeza de familia” hombre, por el contrario, las dinámicas migratorias más recientes muestran que “son las mujeres, de diferentes edades y condiciones sentimentales y de pareja, quienes toman decisiones individuales y familiares en torno a la posibilidad de migrar, existiendo países como, por ejemplo, Filipinas, Ecuador y Bolivia donde la migración femenina

es significativa (Bastia, 2009; citado por Acuña, Castañeda, Peñaloza, & Vega, 2015; p. 50).

En el caso de la diáspora venezolana, las mujeres representan cerca del cincuenta por ciento de las personas que migran según el registro de Colombia y otros importantes países receptores. Aunque el porcentaje de hombres que migran es aún mayor, la tendencia de mujeres que migran va en crecimiento según las estimaciones, habiendo pasado de un 44,3% en enero de 2017 a un 48,5% en diciembre. Según hipótesis del Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo (2015), esto podría deberse a que los hombres eran quienes salían en los primeros años de la gran oleada migratoria venezolana buscando establecerse económicamente en los países de destino, mientras que ahora, intensificada la crisis, miles de mujeres viajan solas y en familia buscando la reunificación o emprendiendo sus propios proyectos.

Estas mujeres venezolanas que migran son, en su mayoría, económicamente activas; lo que a la par de este “cambio de paradigma” que las hace decisoras de su propia migración, permite que se conviertan en muchos casos, en “proveedoras familiares a distancia mediante el envío de remesas (Ducci, 2010, p. 99; Martínez, 2003, pp. 51-54; Stefoni, 2011a, p. 502)”. Envíos que no solamente son vitales para la supervivencia de los familiares en el país de origen, sino que, muy posiblemente, termina siendo de gran relevancia para el PIB de dicho país. (Acuña, Castañeda, Peñaloza, & Vega, 2015)

Con respecto a la migración de las mujeres en el resto del mundo, aunque ésta solo haya crecido un poco más de tres puntos porcentuales en las últimas seis décadas (habiendo sido de 46,8% en 1960), su relevancia ha dado pie al posicionamiento académico y mediático del fenómeno denominado “Feminización de la migración”, que lejos de indicar un gran incremento de la movilidad femenina, da cuenta del cambio de paradigma ya mencionado, del surgimiento de la sujeta migrante y sobre todo, de una realidad correspondiente con las vulnerabilidades propias de ser mujer en el mundo.

Según datos de las Naciones Unidas, las mujeres representan casi la mitad de los 244 millones de migrantes y la mitad de los 19,6 millones de personas refugiadas del mundo. De acuerdo con la última Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN), el 55,1% de los migrantes en Chile son mujeres y tienen entre 20 y 60 años. Sin embargo, como considera Palacios (2016), sigue habiendo en las representaciones periodísticas y académicas sobre la migración, un sesgo que invisibiliza las vivencias propias de la migración femenina, que hoy se hace tan relevante diferenciar.

De allí que se considere relevante ver la migración desde una perspectiva interseccional que permite el cruce de variables como género, país de origen, grupo étnico o socio-económico. Solo de esta forma es posible apreciar que la situación de las mujeres migrantes es distinta y que, según la perspectiva desde la cual se observe y los contextos que se consideren, serán distintas las experiencias y vulnerabilidades colectivamente considerables. Por ende, se aclara que, para el caso de esta investigación, y como también distinguió Palacios (2016), lo esencial para analizar será que, “partiendo del género como categoría analítica, las mujeres migrantes pueden estar expuestas a una doble vulnerabilidad”, que les convierte no en un “doblemente otro” como definiría Simone De Beauvoir (1969), sino quizás en un “triplemente otro”, sumando la condición de migrante.

Mujer Migrante: Radicalización de la alteridad

“Hasta hace poco, la teoría feminista enfocaba a las mujeres de modo general, como una categoría social indiferenciada. En los últimos años, no obstante, las mujeres negras, al sentirse relegadas por la falta de sensibilidad de las feministas blancas ante su opresión específica, plantearon un problema nuevo que hasta entonces apenas había sido tenido en cuenta. Como insistió Moore recientemente, ya va siendo hora de que prestemos una atención especial a las diferencias que existen entre las mujeres” (Stolcke, 2013. p. 27)

La interseccionalidad, tal como destacan Parella y Reyes (2019), es hoy de gran relevancia en los estudios que establecen la relación entre género y migraciones (Nash, 2008; Anthias, 2012; Bastia, 2014). Solo desde esta perspectiva, que comprende los contextos como complejos y las vulnerabilidades como capaces de superponerse unas sobre otras, es posible “observar cómo operan de forma dinámica los sistemas de discriminación”(p. 86), y, sobre todo, es posible “incorporar las múltiples dimensiones de la identidad”, trascendiendo de visiones anteriores esencialistas, que en su búsqueda de construir un gran sujeto (como “la mujer) terminan invisibilizando las experiencias específicas de mujeres lejanas a los espacios de poder y dominación, como las mujeres racializadas, pobres y migrantes.

Este paradigma, que nace de los feminismos afroamericanos, considera un “doble riesgo” o “doble discriminación” experimentada por las mujeres negras o racializadas, “pues si bien, sobre los varones negros recaen los prejuicios que operan sobre el “color de la piel”, las mujeres negras además de esos prejuicios tienen que lidiar con varones blancos y varones negros, por el solo hecho de ser mujeres.” (Vásquez, 2019, P. 64). Esto, pudiendo traducirse de un “riesgo múltiple” dadas las posibilidades de complejidad del contexto, es una metáfora para explicar que las formas específicas de opresión, más que operar como una sumatoria “donde hay una opresión que es más fuerte que otra”, terminan, más bien, funcionando de manera exponencial.

Para Palacios (2016), la condición de ser “mujer” y “migrante” representa una “otredad” que tiene serias implicancias, “en tanto ese “Otro” termina siendo excluido y se convierte no sólo en el mal que hay que combatir, sino en una carga para el sistema”, hecho que motiva el diseño de duras políticas de cierres fronterizos, la discriminación, el repudio y otras violencias derivadas. Mientras tanto, del lado de las desplazadas “el drama es siempre el mismo, mujeres algunas veces embarazadas, niños, niñas y jóvenes de todas las edades, pensando que emigrar de su país de origen será mejor que resignarse a morir en él” (p. 148).

Esta otredad, sumada a las dificultades de incursión dentro del marco legal y por tanto, la recurrente clandestinidad, producen un paradójico contexto en que “los países de acogidas no son necesariamente la respuesta anhelada” (p. 148). Según Terradillos (2006: 53) citado por Palacios (2016), “la clandestinidad llega a ser uno de los factores determinantes de la explotación sexual de inmigrantes obligadas a prostituirse. Cuya absoluta indefensión les impide una resistencia eficaz frente a las redes de trata de personas.”

Con respecto a ello, para la Asociación de Municipalidades de Chile (2019), existe una recurrente “sexualización y erotización del trabajo de mujeres inmigrantes, es decir, trabajo es “cafés con piernas”, cabaret, la prostitución, entre otras, y ante la desregularización de estos trabajos aumenta la peligrosidad para quienes lo ejercen”. Muestra de esa peligrosidad y otras vulnerabilidades es que en el año 2010, tres meses después de la promulgación de la Ley contra el Femicidio en Chile, se contabilizaban dos mujeres extranjeras asesinadas en la Región de Magallanes (Carrère & Carrère, 2014). Para el año 2019, de los 62 femicidios ocurridos en territorio chileno, 10 fueron contra mujeres migrantes (Red chilena contra la violencia hacia las mujeres, 2019).

A estas alturas cabe mencionar que, en cuanto a las dificultades de regularización, la vocera del Instituto Católico Chileno de Migración (Incami), Karla Nowajewski, ha expresado un fenómeno notorio para la población migrante en Chile: “los plazos de espera para realizar cualquier trámite cada vez se extienden más. Incluso, un trámite como es el cálculo de multa, que antes las personas lo podían resolver en uno o dos días, hoy esperan hasta dos a tres meses solo para saber cuánto es el valor de la multa que deben pagar” (Navarrete, 2019).

Por su parte, en lo que respecta al mercado laboral formal (para aquellas que pueden acceder a él) la condición de las mujeres migrantes también es diferenciada, pues los trabajos a los que acceden “se concentran en el sector servicios, en particular, en el trabajo doméstico remunerado, que incluye las tareas de cuidado de niños y de personas dependientes. El 35,3% del total de todas las trabajadoras

migrantes en América Latina y el Caribe se desempeña en este sector, porcentaje que es mucho menor en el caso de los hombres (solo el 2,6%)” (OIT, 2016; citado por AMUCH, 2019: 10).

Según la OIT (2017) las mujeres tienen más probabilidades que los hombres de sufrir situaciones de vulnerabilidad en el mercado de trabajo del país receptor, tales como la discriminación y segregación ocupacional; ausencia de protección laboral y social; limitaciones al acceso a la salud o a los derechos en caso de maternidad; condiciones de explotación, acoso o violencia en el trabajo, los ambientes de trabajo individualizados y aislados (como el trabajo doméstico remunerado); la ausencia de organización y representación; la xenofobia y la estigmatización y barreras para el acceso a la justicia, entre otras.

La mujer migrante es, por ello, un sujeto de importancia contingente, cuya vulnerabilidad apenas es reconocida, pues para muchos, como describe Suárez (2013. P. 77) “es tratada como un sujeto desposeído, sin identidad, reconocida por su nacionalidad o por otros rasgos genéricos que desdibujan su individualidad. Esta condición de falta de reconocimiento de su identidad personal está asociada a la presunción patriarcal de que la mujer solo parece venir reconocida por su dependencia con el hombre, ya sea por su condición de hija, tutelada como símbolo del honor familiar y objeto de controversia cultural.”

Entonces, la condición de la mujer, completamente “otra” frente a la cultura hegemónica androcéntrica; se “suma” a la condición de migrante sobre el sujeto “Mujer migrante”, y la hace “otra” no solo frente a todos los hombres sino frente a todos los y las ciudadanas o nativas del lugar donde asentó su nuevo hogar.

La identidad de las mujeres migrantes como punto de interés

Para Herrera (2018) la migración, en general, conlleva una o varias pérdidas, “vulnerabilidad económica, la destrucción de las redes sociales e inevitablemente

produce cambios adaptativos que implican profundos procesos identitarios". Procesos que se manifiestan, principalmente, "a través de las narraciones que surgen en los intercambios verbales que se producen en la interacción social" (p. 175). Por ende, la identidad se construye en la medida que, a través de un diálogo con otro o nosotros mismos, hilamos un relato que consideramos coherente.

"Construimos narraciones que dan sentido a la falta de coherencia de nuestras identidades y al caos que es (sic.) la vida. Nuestras narrativas de identidad llegan a ser un asunto de formar y representar el Yo que siempre estamos narrando a nosotros mismos y a los otros, sobre quiénes somos, hemos sido y seremos. Como sostiene Gergen, (1996) el *self* se convierte en la persona o personas que nuestras narraciones interaccionales requieren, se puede convertir en héroe o víctima. Somos siempre muchos Yo potenciales que a la vez, son incorporados y creados en nuestras conversaciones." (Herrera, 2018: 176)

Para Zygmunt Bauman (2005), citado por Gaitán (2008), "la gente empezaría a tener problemas con la consistencia, continuidad (*mêmete*) y la coherencia (*l'ipséite*) de la identidad a través del tiempo, al estar expuestos a más de "una sola comunidad de ideas y principios" (p. 34). De allí que preguntarse sobre las identidades de las personas migrantes, y en particular de las mujeres migrantes, resulte llamativo en cuanto la migración supone un importante cambio de contexto. Según recogen Liberona y Pagnotta (2012), incluso, "ser inmigrante es una identidad mayor cuando las condiciones de vida anterior a la inmigración son considerablemente modificadas en la nueva realidad" (p. 141).

Para Zhang-Yu y Lalueza (2018), "en entornos de diversidad cultural, las expresiones en la conformación del yo se ven afectadas por una relación sistémica entre el reconocimiento (Taylor, 1996) de los otros sociales y la enculturación de las personas (Lalueza, 2012)". Es decir, la convivencia de distintas voces produce tensiones que hacen "variar" la narración identitaria en los distintos entornos o grupos sociales a los que está expuesto el sujeto.

“Esta aproximación aporta una visión pragmática dado que permite entender que la narrativa identitaria pasa por una construcción dialógica con tensiones y contradicciones polifónicas donde “el sujeto compite, dialoga, disputa con estas voces y es a través del diálogo, sostenido e inacabado, a veces tenso, como se generan relatos identitarios” (Esteban-Guitart, Nadal y Vila, 2008, p. 135). P. 3 (Zhang-Yu & Lalueza, 2018)”

Fue Barth (1969) “uno de los primeros estudiosos en introducir en la comunidad científica una concepción dinámica de la identidad, mostrando que ella se construye mediante procesos de interacción con el ambiente circundante y a través de proceso de inclusión y exclusión, necesarios para establecer los límites identitarios entre los que forman parte del grupo y los que son excluidos.” Por ello la relevancia de la noción de “otredad” del migrante y la particular “doble” o “triple” otredad de las mujeres migrantes frente al sujeto hegemónico, para preguntarnos sobre sus procesos identitarios. Como lo señala Barth (1995: 63; citado por Liberona y Pagnotta, 2012), “el reconocimiento de sí mismo se elabora en la relación con el Otro”.

Así pues, la identidad se construye y se narra configurando la versión que más se adecue al contexto y marco de inteligibilidad en el que se expresa, con la finalidad de obtener la aprobación y validación de esa narrativa. En este sentido, en cada contexto se presenta una variada configuración de aspectos del *self* que es coherente con el posicionamiento mantenido en dicho contexto. (Herrera, 2018)

Dichos procesos identitarios, además, son de especial interés para esta investigación no solo por la particular alteridad de las mujeres migrantes antes descrita, sino porque se considera como sub-estudiada la condición de “mujer migrante” (por tanto, también su identidad) y porque dicho proceso corresponde a un ejercicio que quien investiga, en su condición de mujer y migrante, ha enfrentado y toma la decisión de narrar y analizar.

Procesos identitarios

La identidad, como concepto esencial en el hacer filosófico, puede ser definida desde paradigmas muy disímiles a los antes expuestos. Sin embargo, la simple consideración de la migración como un proceso que implica, entre otros, a una serie de “procesos identitarios”, representa entonces que la identidad no es, para los fines de esta investigación, entendida como una sustancia fija, sino por el contrario, se entiende a esta (o estas) como una categoría en permanente reconstrucción.

De allí, que podamos definir entonces a esos procesos de construcción como “procesos identitarios”, que implican interacciones con contextos diversos de inclusión-exclusión, o que “transitan entre la permanencia (conservación cultural) y la transformación (ruptura con el pasado)” (Sola, 2013:212), pero que también involucran un diálogo interno que va dando sentido al contexto espacial en una experiencia temporal que suma memorias, deseos y creencias.

La identidad como no-subjetiva

Pero en definitiva la identidad no ha sido, ni siempre ni por todos, entendida como un impermanente. El esencialismo clásico definió la identidad del ser como un sustrato definido y único, imposible de cambiar, que prevalecería “por encima de la experiencia empírica” como una esencia o sustancia inmutable que fue asignada al sujeto. (Sola, 2012:92) Para esta corriente entonces, la reflexión, los acontecimientos a lo largo de la vida o los contextos culturales, no estaban relacionados a la identidad, o “esencia”, del sujeto.

Sin embargo, la influencia del cristianismo y su “libre albedrío”, permitió el surgimiento de una idea generalizada del sujeto moral, “un ser responsable, consciente, independiente, autónomo y libre” (p. 93) con el que el actuar y la reflexión, podían pasar a formar parte también de la definición de la identidad. Posteriormente, el cartesianismo dio paso al sujeto creador que fue esencial para las bases del pensamiento ilustrado. El famoso “Pienso, luego existo” instauró una “unidad racional”, que como sujeto pensante “vive, siente y forma su ‘identidad’ a partir de su propio yo.” (Sola, 2012:95)

“Deduje de ello que yo era una substancia cuya esencia toda o naturaleza es sólo pensar y la cual para existir no necesita de lugar alguno ni depende de ninguna cosa material; de manera que este yo, esto es el alma, por la que yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo e incluso que ella es más fácil de conocer que aquél, y que aun cuando no lo fuese no dejaría de ser cuanto ella es” (Descartes, 1939; citado por Sola, 2012:96)

El “yo” de Descartes, no obstante ser considerado creador, carecía de contexto relacional y temporal suficiente como para poder ser “terrenal”. De hecho, seguía siendo una esencialidad, que, aunque pensante, tenía su origen en Dios “como instancia trascendente y garante” (Sola, 2012:95), y era únicamente espíritu e inmaterialidad, carente de las experiencias del cuerpo.

Siglos más tarde, la corriente “existencialista” a la que pertenecía quien sentó las bases del feminismo con su definición del sujeto femenino, Simone de Beauvoir; dio un gran paso al entender la identidad como un valor relacional. Para el existencialismo, la identidad “es fruto de la interacción conjunta entre individuos y se construye necesariamente en el ámbito de lo social” (Sola, 2012:100). De allí que empezaran a ser relevantes en las reflexiones sobre “identidad”, los factores espaciotemporales que enmarcan al sujeto en un “momento sociocultural determinado” (p. 100).

“El yo existencial, por tanto, ya no nace como un núcleo esencial, bien sea en el cuerpo o la conciencia, sino que se hace, se

construye en concordancia con el período vivencial y en una incesante reciprocidad con el exterior, por lo que depende del ambiente.” (Sola, 2012:100),

Y aunque este paradigma entregaba cierta autonomía al sujeto al “condenarle a ser libre”, al poner todo el énfasis en los aspectos socioculturales también despojó al sujeto de autodeterminación y experiencias subjetivas. Para Sola (2012) el “yo existencialista”, estaba poco relacionado con lo que el individuo decidiera en ejercicio de su libertad, y mucho más definido por categorías estáticas según su rol en determinado grupo.

El gran problema de esta forma de definir al individuo es que las grandes categorías terminaban por invisibilizar las experiencias subjetivas de grupos minoritarios o marginados, que estaban siendo definidos desde los espacios de poder. Un ejemplo de ello fue la necesidad del surgimiento del feminismo interseccional, cuando el sujeto “mujer”, buscando abarcar a todas las mujeres, terminó por borrar a las mujeres racializadas, pobres o extranjeras cuyas experiencias eran (y son) profundamente disímiles.

Por ende, la necesidad de idear el “yo” como un constructo en el que interviene lo “nominal” (dado por el clan) y lo “social” (dependiente de las acciones individuales en un contexto relacional) se fue haciendo cada vez más evidente para el pensar filosófico. El desarrollo del sociólogo Norbert Elias, a mediados del siglo XX, pone sobre la mesa un tránsito a su juicio característico del proceso de civilización, en el que pasamos de las “formas identitarias colectivas, donde dominaba el nosotros, es decir, donde el grupo o la comunidad dictaban el atributo individual al sujeto; a formas identitarias individualizadas, donde el yo en acción prevalece por encima de dichas asignaciones”. (Sola, 2012:102)

Así, se fue abriendo el camino a una definición del “yo” que recoge las muchas ventajas de las visiones existencialistas pero que empieza a preguntarse también por las experiencias individuales de la subjetividad; asociadas al cuerpo,

las emociones y los deseos. Éstas posteriores perspectivas, con énfasis en lo biográfico, plantean un “yo” que se identifica con otros y que está dotado de recursos para forjarse a sí mismo “mediante aprendizajes que permitan traducir las experiencias en convicciones” (Dubar, 2002; citado por Sola, 2012:112).

La identidad subjetiva

Se hace evidente ante lo antes expuesto que la identidad no es un concepto acabado, sino que, por el contrario, amerita de una perspectiva que reconozca su permanente proceso de construcción. Además, la simple pretensión de definirla en términos fijos, apelando a alguna esencialidad, representa una amenaza a la libertad y autonomía sobre todo para los grupos más vulnerables e invisibilizados. De allí la importancia de entender el “yo” como un concepto multidimensional, que además de acoger lo situacional y cultural, se nutre de las experiencias, muy particulares, de la biografía del sujeto.

La identidad entonces, ya sumando a su definición lo temporal-situacional, lo relacional y la experiencia subjetiva, encuentra en el lenguaje una herramienta de materialización que organiza no solo estos elementos para el tiempo presente, sino que además permite sumar las vivencias e interpretación del pasado, y los deseos o expectativas del futuro. Para De Castro (2011) “la estructura temporal que adquiere la identidad va a depender de la forma en que se combinen los múltiples aspectos temporales de las diferentes esferas sociales por las que transcurre la vida de cada persona (coherencia) y de la forma en que se establezca una conexión entre el pasado, el presente y el futuro (continuidad)” (p. 2).

Dicha coherencia y continuidad es, para algunos autores, producto principalmente de un proceso reflexivo que “organiza” las experiencias y crea un “nuevo orden temporal interior” (Giddens, 1995; Beck y Beck-Gernsheim, 2003; citados por De Castro 2011). Sin embargo, dada la importancia de la expresión

identitaria en el ámbito social, otros autores (como Ricoeur, 1983 y Kerbi, 1991) establecen que este orden, materializado en el lenguaje, se realiza por medio de la configuración de una narración que más que “analizar el yo”, lo construye. Para el psicólogo Michael Bamberg (citado por Sola, 2012:130) la “narración permite a los hablantes/escribientes disociar el habla y escritura propia, y, por lo tanto, adoptar una posición reflexiva en relación al mismo como personaje ficticio en otro tiempo-espacio”.

La identidad narrativa

El sujeto narrado, entonces, no es un sujeto anterior a la “narrativa identitaria” sino el construido por ella, dotándole de una agencialidad ante sus temporalidades y contextos. Para Ricoeur (citado por De Castro, 2011:10) “los individuos ordenan los diferentes aspectos temporales de su experiencia por medio de la configuración de una narración.” Esta “configuración” crea un nuevo orden temporal, denominado por el autor “tiempo narrado”, que no necesariamente coincide con el tiempo experiencial, sino que se ordena y construye para conformar la vida del sujeto que la enuncia, y no en una vez única, sino a cada momento.

Es decir, la narrativa del sujeto está en una construcción constante y permanente a medida que el sujeto vive, experimenta, reflexiona y sigue narrándose. El filósofo chileno Humberto Maturana (1973, citado por Sola, 2011:131) definiría este proceso, como una “autopoiesis”, pues “lo único que nos es dado y que *hay* cuando hay vida humana es tener que hacérsela, cada cual la suya. La vida es un gerundio y no un participio: un *faciendum* y no un *factum*”. De la misma forma, la identidad narrativa “es en gerundio –haciéndose– y nunca en participio –hecha–”.

Los humanos, como especie, nos caracterizamos por hacer uso del lenguaje para construir nuestra realidad y lo hacemos desde el primer momento, posiblemente inconscientes de la necesidad y la importancia de nuestros relatos

(individuales y colectivos) para la vida como la conocemos. Son las narraciones las que nos muestran nuestro pasado y nos definen valores, pero a su vez, nos dotan de una potencial vida desprovista de trayectoria fija, en la que, con ciertas limitaciones en reconocimiento de la complejidad de los contextos, podemos “determinarnos”. Para Sarbin (1986, citado por Sola 2011:135) “vivimos en un mundo en forma de historia; que nuestra vida es guiada desde el principio por la narración”.

La identidad narrativa en las mujeres migrantes

Para Macías y De la Mata (2013) la persona migrante, durante su vida, atraviesa la aparente contradicción entre su adaptación al estilo de vida de la sociedad de acogida y el fortalecimiento de sus lazos con las tradiciones de su comunidad original. La manera en que estos dos procesos, aparentemente opuestos, se relacionan a la vida del migrante en el día a día, representa una pieza significativa para el entendimiento de la construcción de identidad de quien migra; asunto difícil de resolver si no se asume, para ello, una perspectiva dialéctica.

Siguiendo la idea de esta identidad posiblemente contradictoria y fluctuante, Zhang-Yu y Lalueza, (2018) afirman que “la identidad (como analizamos antes) lejos de ser un constructo estático que define quiénes son las personas, se concibe en un estado de continua y recursiva definición (González, 2010) de cómo nos entendemos, dónde estamos, de dónde venimos y hacia dónde queremos ir. En otras palabras, gracias a los relatos que creamos a partir de nuestra experiencia social construimos nuestra identidad (Bruner, 2009)”. (p. 2)

Es entonces la identidad interpretada como “un relato”, o “identidad narrativa”, la que se considerará útil para la construcción de esta investigación, sin dejar de lado su componente dialéctico. Como bien explican Zhang-Yu y Lalueza, (2018) en su autoetnografía sobre identidades migrantes, “la identidad comparte las

características de las historias o las narraciones ya que en la construcción de la identidad suceden acontecimientos y vivencias movidas por un interés y un objetivo (la trama de la narración) en un contexto social (la escena). Además, se recurre a grupos de referencia y personas significativas (los personajes) como criterios para repensarse a uno mismo” (Esteban-Guitart, Nadal y Vila, 2008). (p. 2-3)”.

Para Michelini (2003), basado en el pensamiento de Alasdair MacIntyre, la noción de identidad está también estrechamente ligada al concepto de narración, pero, sobre todo, a la interacción con uno o varios “otros”: “El concepto narrativo del yo implica no sólo que yo soy tema de la narración que abarca desde mi nacimiento hasta mi muerte, sino también que yo soy parte de la historia de los demás y que mi vida está entrelazada con sus vidas (p. 65).”

Identidad y alteridad

De lo anterior que la alteridad también sea un concepto de utilidad para esta investigación y para seguir construyendo sobre la identidad. Para García (2006), basado en el pensamiento de Mijaíl Bajtín, el sujeto, como ente social “pone en cuestión el concepto mismo de identidad, al introducir la categoría de la alteridad como parte constituyente del yo, como su antecedente obligado y referente necesario. Al sujeto se le concibe más allá del eje egocéntrico, para ubicarlo en la red de relaciones dialógicas que establece consigo mismo y con la alteridad.”

En una interpretación semejante, para Herrera (2018) los participantes de una conversación se posicionan en el curso de la misma, ofreciendo o presentando “diferentes posiciones del sujeto para entender o evaluar acciones o eventos. Las posiciones del sujeto son las identidades que las personas construyen en la interacción social para aceptar, resistir o reconfigurar los repertorios interpretativos.”

Es decir, en la construcción de la identidad narrativa es indispensable una interacción con el otro que permita al sujeto posicionarse frente a él, comparar con

él para tener una mejor perspectiva de sí mismo. Para García (2006), entonces, no puede comprenderse íntegramente el “yo”, si no está en presencia de “otro”:

“identidad y alteridad se entienden entonces como conceptos interdependientes, complementarios, de una naturaleza relacional y relativa”, pero esto no se hace de forma exclusiva desde grandes categorías sociales que necesariamente condicionan, desde el exterior, la identidad del individuo. Lo que se pretende para esta investigación es incluir la alteridad, un concepto de gran relevancia para hablar especialmente de categorías sociales no hegemónicas, como la necesidad del individuo de construirse en un contexto de interacciones complejo, que le permite posicionarse y por tanto, también reconocerse. Finalmente, para Herrera (2018), “las posiciones de sujeto son necesariamente fluidas, reflexivas y situadas”.

Identidad, reflexividad y la búsqueda de sentido

La reflexividad es otro componente de la identidad, de interés para la presente investigación. En este sentido, Michelini (2003) explica que “las elecciones individuales y las decisiones personales, con las que voy configurando mi identidad, no son productos hechos objetivos, externos, sino que se van constituyendo intersubjetivamente a través de la reflexión.”. Ello implica que la identidad no solo es fluida porque involucra una narración histórica de la vida del individuo y el diálogo con otros, además es fluida porque está siendo construida permanentemente mediante un proceso reflexivo en que el ser busca sentido de sí mismo.

Es precisamente esa permanente búsqueda de sentido la que convierte a los individuos en autores de sus propias historias y, con ello, constructores de sus propias identidades. Sin embargo, este es un proceso meramente individual, donde las perspectivas sociopolíticas no tienen participación. Por el contrario, se reconoce

como un proceso complejo que procura involucrar múltiples perspectivas: El “quién soy” para mí, “quién soy” para el otro, y “quién soy” en el mundo.

Para Castro y González (2009), “la construcción del yo y de las imágenes autorreferenciales se produce de manera situada y a partir del encuentro dialógico e intersubjetivo, lo que, a grandes rasgos, define necesariamente un lugar para la identificación y la posibilidad de “ponerse en el lugar del otro” en el decurso de la acción...” (p. 121). De allí que los eventos entonces, más que alcanzables objetivamente, sean narraciones que responden a las perspectivas particulares de los individuos y que, más que construirles a éstos, son ellos quienes definen lo que “ha sucedido”. Así, los mismos autores argumentan que son los encuentros entre individuos con situaciones muy diversas, los que permitiría “negociar las tradiciones y costumbres constitutivas del campo de actuación propio y del resto de semejantes”. (p. 121)

En estas negociaciones no solo se da un acto reflexivo que procura dar sentido al sujeto, su posición y su acción, dentro de un entramado de narrativas; además, se le dota al relato de elementos morales al dar cuenta de las historias no solo desde “*lo que pasó*”, sino también, ofreciendo “distintas explicaciones para determinar *por qué pasó lo que pasó*.” (p. 223)

Allí el sujeto, autor y narrador de su propia historia, se apropia de “la acción semiótica de un agente, posicionado socialmente, mediante la cual interpreta un conjunto de cambios pretéritos a partir de distintos restos del pasado, a la luz de una cierta temática, ligada a un argumento, sobre cuya base se construyen narrativamente los eventos, incorporándolos en una determinada trama”, ligada además permanentemente con el presente de dicho sujeto y con su futuro deseado. (Bresco, 2009) (p. 223)

La realidad de los eventos varía en función de las consecuencias que va deparando un futuro en constante cambio, las cuales, a su vez, son puestas en relación con el pasado mediante distintas tramas narrativas. El autor termina constatando el hecho de que, aún en el hipotético caso de cumplirse plenamente las aspiraciones del enfoque representacional, obteniendo una

traducción exacta de todo lo que pasó, ello nos retrotraería al mismo problema al que se enfrenta tanto el historiador como el individuo que trata de recordar un determinado episodio, esto es: dotar de sentido y significación a los acontecimientos del pasado “a los fines del presente y con la vista puesta en el manejo del futuro” (Bresco, 2009; p. 2019. Citando a Gaddis, 2002)

Identidad, propósito y agencialidad

“Finalmente, sostendremos que las identificaciones actuales encuentran anclaje y legitimación a partir de los sentidos que son asignados al pasado desde un determinado posicionamiento de los actores sociales en el presente.”
(Molek, 2016:5)

“Lo sucedido se recorta y se ajusta hasta que encaja con el por eso”
Bruner (1990/199; p. 90)

Una narrativa identitaria entonces no solo se compone por el “qué”, sino también por el “por qué”. Ello implica que a las historias se les dota de una carga moral que corresponde con el presente del sujeto autor y con sus intenciones hacia el futuro. Contarse así, permite a dicho autor darse un sentido hoy, hacia sí mismo y hacia el resto. De allí, se definirá qué género es más útil para los fines de “la moraleja”, “el aprendizaje” o “el propósito” de la historia. Para Bresco (2009), que se narre una “comedia, tragedia, romance o sátira” (p. 2019) tiene implicaciones morales e ideológicas.

(...) gran parte del poder simbólico de tales relatos proviene de la tensión generada mediante la particular forma de tramar un escenario deseado de futuro con una determinada construcción del pasado. Veremos en este punto cómo a fin de conseguir el efecto movilizador deseado se utilizan, como en la mayoría de relatos históricos, diversos recursos literarios (White, 1986), no sólo en lo que respecta a la forma de tramar y construir los eventos, sino también en la forma de describir a los protagonistas y a sus enemigos, a sus hazañas y sus derrotas, transmitiendo así un contenido moral e ideológico con el que se pretende que se identifique la mayoría del público. (Bresco, 2009) (p. 217)

Esta búsqueda de sentido para sí y para el resto, esta intencional “autoría” del sujeto sobre su propia identidad con la carga moral que supone, pone sobre la mesa el concepto de “agencialidad”; que para la filosofía Arendtiana es central y definitorio de la identidad. En Arendt, esta “capacidad de acción” del sujeto que la agencialidad engloba, es lo que le permite aparecer en el espacio público y por ende “ser” individualmente. (Arendt, 2009).

Sin embargo, si para Arendt el “quién” es el sujeto que aparece en el espacio público (basado, como concepto, en la Polis Griega, donde eran iguales todos los ciudadanos porque simplemente no había espacio para los “no iguales”, entre estos las mujeres) ¿cómo es posible hablar de las “mujeres migrantes” como sujeto público-político dotado de “agencialidad” y al mismo tiempo, sometido a relaciones de dominación particulares y específicas? ¿es posible hacer referencia a las mujeres migrantes sin cargarlas, al hacerlo, con la denominación de víctimas?

Es por este tipo de preguntas que el concepto de “agencialidad” no puede utilizarse ante una categoría sujeta a relaciones de dominación sin cuestionarse por “la realidad, pertinencia u operatividad de un tipo de subjetividad propia de las sociedades burguesas del liberalismo” (Castro & González, 2009) (p. 118). La aproximación a este concepto supone prescindir del “sobredeterminismo sociológico” para considerar al sujeto, aún inmerso en una relación de subordinación, como un individuo con cierto potencial de acción y, sobre todo, para los fines del presente texto, con autoría sobre sus propias narrativas identitarias.

Dicha concepción del sujeto, sin embargo, no está exenta de críticas. Para Castro y González (2009):

“las descalificaciones y recriminaciones político-ideológicas siguen siendo la tónica común, si bien se ha conseguido, si no erradicar, sí matizar la clásica y cerrada asociación entre el liberalismo y psicología cognitivo-conductual. Al menos esto ha permitido incorporar sin prejuicios a la discusión un posible sujeto agente dotado de voluntad, racionalidad, intencionalidad y, en último término, juicio moral.” (p. 120)

“Salvar” la agencia de las Mujeres Migrantes

Para Pombo (2011), que realiza un análisis de la subjetividad y capacidad de agencia de las mujeres migrantes dedicadas al trabajo doméstico desde una perspectiva poscolonial; percibir a las mujeres migrantes como “sujeto múltiple”, es decir, como “el sitio de un conjunto de experiencias múltiples complejas y potencialmente contradictorias, definido por variables que se superponen tales como la clase, la raza, la edad, el estilo de vida, la preferencia sexual y otras” (citando a Braidotti, 2000; p. 249), supone liberarle de dos limitaciones importantes: Primero, la de entenderlas como “víctimas y objetos de procesos sociales que las subalternizan” y segundo, la de entenderlas como “sujetos monolíticos preconcebidos, como mujeres-pobres-de color, por fuera de las relaciones sociales que construyen en torno a la organización del trabajo doméstico y de cuidados.” (p. 250)

En dicha investigación, Pombo (2011) cita también a Mahmood (2004), quien, habiendo trabajado la participación de las mujeres en el movimiento islámico, “denuncia el enjaulamiento de la noción de agencia en los estrechos límites de la resistencia vs. la reproducción de las relaciones de subordinación.” Esto pues, para Mahmood es posible una comprensión alternativa de la capacidad de agencia, “no como sinónimo de resistencia en las relaciones de dominación, sino como una capacidad de acción que se habilita y crea (también) en relaciones de subordinación históricamente específicas” (p. 258).

De allí que la agencialidad pase a ser un concepto de gran importancia, no solo por ser determinante para la capacidad de “las sujetas mujeres migrantes” de construir “narrativamente” su propia identidad; sino porque será precisamente esta “agencialidad”, un aspecto central a conservar al momento de migrar.

MARCO METODOLÓGICO

El Enfoque o método narrativo

Para conocer las narrativas identitarias de las mujeres migrantes, se considera a la producción narrativa o “método narrativo” como la forma más acorde para el tratamiento de los datos a recopilar. Dicho método, de inacabada definición, pero basta importancia para corrientes feministas y descoloniales, propone la construcción de narraciones a partir de los datos obtenidos en entrevistas o sesiones de conversación grupales, pudiendo ser variado el tratamiento de cada historia, según sus características.

Tal como describen Gandarias y García (2014), el producto del método narrativo se presenta como “un dispositivo de construcción de relato iniciado por el interés de la investigadora respecto a un fenómeno determinado”. Por su parte, para Blanco (2011), aunque no hay una definición ampliamente aceptada de lo que este método representa, hay un consenso en torno a que “tiene como eje de análisis la experiencia humana” (p. 139), de modo que “la investigación narrativa está dirigida al entendimiento y al *hacer sentido* de la experiencia” (Clandinin & Connelly, 2000; citados por Blanco, 2011).

El modo de “producir” dichas narrativas puede variar, ya que el método en sí mismo se caracteriza por su flexibilidad, atendiendo a la complejidad de las experiencias narrables; sin embargo, para Balasch y Montenegro (2003) citados por Gandarias y García (2014) dichas “producciones narrativas” se construyen a partir de:

“a) las sesiones donde la investigadora y las participantes hablan y discuten distintos aspectos del fenómeno que se quiere estudiar; b) la textualización, que funcionaría como una revisión y reflexión sobre la sesión o sesiones en la que la conversación se traduce a un texto organizado y comunicable que refleja las posiciones y los argumentos desarrollados a lo largo de la(s) misma(s), y c) el reconocimiento de la

agencia de las participantes para modificar, corregir y expandir la textualización hasta validar la narrativa creada.”

Ello implica que “la voz” de la sujeta investigada se entremezcla con la voz de la investigadora, de modo que el texto a producir sea reflejo de la agencialidad de las sujetas, siendo ellas mismas co-autoras “en tanto que deciden qué debe contener (el texto final) y cómo debe ser dicho”. (Balasch y Montenegro 2003; citados por Gandarias y García, 2014; p. 101). De esta manera, participante e investigadora establecen una relación cuya dinámica no responde a las jerarquías tradicionales de la academia, sino más bien, se establece una conversación que procura la horizontalidad (aunque no la alcance del todo) y permite por tanto a la sujeta investigada una participación más activa en el resultado final.

La narrativa resultante, por supuesto, no pretende ser una descripción exhaustiva del fenómeno central para la investigación. Por el contrario, se busca construir una representación de la experiencia de las participantes, con el particular objetivo de conocer su visión y perspectiva ante dicho fenómeno. Esto podría atraer el debate en torno a la distinción entre lo “científico” y lo “literario”, sin embargo, como explica Blanco (2011) “los textos que se producen en las ciencias sociales y en las humanidades son necesariamente interpretativos” por lo que no cabría hacer la pretensión de alcanzar “verdades absolutas”. Esto pues, “la investigación narrativa se diferencia, sobre todo, porque afirma: “escribir es también una forma de 'conocimiento' —un método de descubrimiento y análisis” (Richardson, 2013; citada por Blanco, 2011; p. 141).

Método de recolección de datos

Ello, por supuesto, indica que la investigación tendrá un diseño de corte cualitativo. Una perspectiva que no se concentra en los datos empíricos, sino más bien en investigar a profundidad, construir la historia según los resultados que se

vayan percibiendo y permitir el surgimiento de nuevas preguntas durante la investigación.

Para el desarrollo de la investigación, además, se tomará como método de recolección de datos los encuentros conversacionales o especie de “grupos focales”, considerándolo adecuado por ser también el escogido en investigaciones como la escrita por Zhang-Yu & Lalueza (2018), donde se realizaron “grupos focales con estudiantes universitarios de ascendencia china que han crecido y/o nacido en Holanda para comprender cómo se definen a sí mismos.”. Este método de recolección se acerca notablemente a la metodología aplicada para la realización de los conversatorios de la Fundación Mujeres Migrantes, realizados en Santiago de Chile desde principios de 2018. De allí que se decida entonces, realizar encuentros conversacionales semejantes a éstos, orientando las preguntas y actividades hacia la narración de lo identitario y sumando, además, un instrumento que permite la profundización en dichos temas: el autorretrato.

Sobre los conversatorios de Fundación Mujeres Migrantes

Desde los inicios de la Fundación Mujeres Migrantes, los conversatorios han surgido como espacios donde proponemos a las “mujeres migrantes” como un sujeto narrador poco común, incluso antes las “voces hegemónicas” de la migración. Ello, gracias a la construcción de espacios de confianza que provocan el surgimiento espontáneo de las historias genuinas; data realmente valiosa que se alimenta de un espacio horizontal, de corresponsabilidad y confianza.

Pero, además, estos conversatorios cumplen con otro objetivo que dará sentido a la convocatoria para las asistentes: la creación y el fortalecimiento de redes de apoyo y espacios de contención, donde las mujeres, que viven el desarraigo migratorio, puedan sentirse acompañadas, escuchadas y comprendidas durante un proceso que puede llegar a ser sumamente solitario y doloroso.

Los encuentros: Narrar la migración

Para los fines de esta investigación, se convocará a seis mujeres venezolanas (de nacimiento o naturalización), con residencia en Santiago de Chile al momento de la recolección de datos, mayores de 18 años, de distintas edades, y que sean parte (como asistentes frecuentes de las actividades o incluso colaboradoras) de la Fundación Mujeres Migrantes; a 4 encuentros conversacionales y reflexivos sobre la migración e identidad, en los que estará incorporado el instrumento del autorretrato como “encendedor” de las reflexiones. Además, se realizará una entrevista abierta e individual a cada una de las seis participantes, con el objetivo de complementar lo desarrollado en los encuentros.

Los encuentros y posteriores entrevistas pretenden realizarse durante el período septiembre 2020 - enero 2021. Dichos encuentros tendrán una duración de tres horas cada uno aproximadamente, mientras que las entrevistas tendrán una duración flexible, cercana a las dos horas.

Escuchar las historias, en un espacio relacional horizontal y empático, nos permitirá acercarnos a discursos que probablemente no surgen en los espacios cotidianos de convivencia. La percepción del país, la configuración relacional y su transformación a lo largo de las vivencias como migrante, así como las razones que motivaron la migración, no son parte de los “temas de sobremesa” ni son fáciles de conversar. Escuchar, en un ambiente que permite espontáneamente la aparición de la emocionalidad que sustenta historias y deseos, puede revelarnos un discurso que generalmente se oculta en el vivir, o no consigue los espacios de reverberación que llenar los titulares de los medios tradicionales.

Sobre el autorretrato como instrumento reflexivo

Si bien el espacio de conversación diseñado para la recolección de datos está inspirado en los conversatorios de la Fundación Mujeres Migrantes, no será idéntico, pues se suma el autorretrato como un elemento “detonador” de reflexiones sobre el ser y la propia identidad. De esta forma, los conversatorios de siempre se transforman en “talleres de autorretrato”, donde las asistentes igualmente conversaremos sobre nuestras migraciones y nuestras experiencias; apoyándonos en ejercicios que involucran la fotografía como apoyo e instrumento de dichas reflexiones.

Adévol y Gómez-Cruz (2012), definen el autorretrato fotográfico como aquella imagen donde “el sujeto se reconoce como autor material de la fotografía y como objeto representado”, en un ejercicio de reconocimiento identitario (“esa de la foto soy yo”) y, además, de agencia (“esa foto la tomé yo”). Se escoge este instrumento, probablemente accesorio al producto de investigación, para centrar la conversación en la reflexión sobre “quienes somos” y en reconocimiento de la fotografía como una herramienta de representación y documentación de la experiencia.

Problematizando mi posición como sujeta-investigadora

Un último aspecto para definir sobre la forma en la que se desarrollará la presente investigación es la posición de la investigadora. Si bien antes se mencionó la importancia de la horizontalidad en el método narrativo, y quedó claro en el planteamiento del problema que quien investiga cumple con la definición de “mujer migrante venezolana”, es necesario plantear la problemática de ser investigadora y sujeta a la vez.

Si bien la ciencia ha procurado separar el producto científico de las visiones personales antes un fenómeno, en esta investigación, que procura explorar las experiencias personales, considero pertinente asumir que dicha separación bizantina es insuficiente ante una perspectiva epistémica que no concibe la producción de conocimiento desde una visión neutral u “objetiva”.

De allí que, al ver la imposibilidad de “alejarme del fenómeno” lo suficiente como para tratarlo “objetivamente”; haya decidido acercarme por completo, al punto de involucrarme “codo a codo” con las participantes de la investigación y participando de los encuentros conversacionales como una mujer migrantes más, realizando los autorretratos que sean requeridos y finalmente, respondiendo las preguntas de una entrevista a profundidad que realizo hacia mí misma, gracias a la ayuda de otras participantes.

Este modo de “ser parte” de la conversación, aunque inusual en el hacer científico, no me resulta extraño ni resultará extraño a las participantes de la investigación. Ello pues, esta siempre ha sido la forma en la que han funcionado los conversatorios de la Fundación Mujeres Migrantes. Si bien mi papel en ellos es de organizadora, y por tanto, no puedo prescindir de cierta verticalidad, luego de iniciada la conversación procuro (también junto a Pamela Astudillo, con quien realizo los conversatorios) adentrarme en ella respondiendo las mismas preguntas, y utilizando espacios de tiempo equivalentes a los de las participantes.

Los relatos para producir entonces, “lejos de representar una realidad fuera de nosotras mismas, son producto de la relación entre quien investiga y aquello investigado” (Pujol et al, 2003:64, citado por Gandarias y García, 2014). Esto quiere decir que no se procura (procuro, procuramos) producir relatos desde la omnipresencia del investigador, sino más bien desde nuestros propios espacios, nuestras propias experiencias, perspectivas y parcialidades.

Para Haraway (citada por Gandarias y García; 2014) reconocer y reivindicar esta parcialidad es base para la construcción de una objetividad feminista, en respuesta a la imparcialidad histórica que ha sido invisibilizante para las experiencias y testimonios femeninos, o de otros sujetos no hegemónicos. En sus palabras: “No buscamos la parcialidad porque sí, sino por las conexiones y aperturas inesperadas que los conocimientos situados hacen posibles. La única manera de encontrar una visión más amplia es estar en un sitio en particular” (1991: 339).

En una experiencia semejante, Tilley-Lubbs (2015) describe como “Autoetnografía Crítica” a la producción de conocimiento que realiza investigándose a sí misma, tal como lo hace con los otros. Además, no pretende esconder su voz y perspectiva personalísima en un lenguaje que pretenda la neutralidad, por el contrario, espera (y espero yo, tomando su experiencia) que “cualquier persona que lea el trabajo puede formar sus propias ideas, sabiendo que soy participante del estudio y que mi interpretación refleja mi selección de los datos a incluir y cómo presentarlos. (p. 276)”

Por ende, el lugar desde donde enuncio es central para esta investigación, pues será mi voz la que cuente los relatos de las participantes desde mi yo migrante-investigadora, contando con sus retroalimentaciones y comentarios. Ello, con el objetivo de no apropiarme de sus historias, sino más bien, relatarlas tal como las experimenté (experimentamos) en los espacios compartidos; pasando siempre también por mis propios dolores y mis propias vivencias. De igual forma, mi participación también como sujeta investigada, implicará el narrar mi propia historia en cuidado de la horizontalidad y agencia mía y del grupo.

Así, será desde nuestras miradas de mujeres migrantes venezolanas sobre nuestras propias vivencias y experiencia que se construirán los relatos a mostrar en adelante, y que esperan entonces, contribuir al reconocimiento de nuevas y diversas

voces en la conversación sobre la migración, y en especial, sobre la migración de las mujeres venezolanas.

RESULTADOS

Narrar la identidad migrante

Es importante que seamos las mujeres migrantes quienes contemos nuestras propias historias. Es importante que dejemos de ser miradas desde arriba, con una moral paternalista, y reducidas a la condición de víctimas que nos han calzado tan bien desde los medios, las instituciones y la academia. Por supuesto que migrar no es fácil y por supuesto que reconozco mis privilegios, y aún así, escucho de las voces de las mujeres migrantes más historias de superación que lamentos, más ganas de seguir que de desfallecer. Quizás hay más víctimas en la mirada que en lo mirado.

Contar nuestras historias es ocupar un espacio que las voces dominantes no nos están otorgando. Es hacernos sujetas por sobre objetos y no aceptar más la mirada condescendiente. Tenemos, entre nosotras, la capacidad de enfrentar las adversidades y aunque abrazamos la colaboración, no queremos que ésta sea a cambio de nuestra sumisión y silencio.

La experiencia de contar nuestras historias es también terapéutica. Nos permitió (y sigue permitiendo) reconocernos, re-crearnos y re-construir nuestras redes de apoyo. Además, cámara en mano, hicimos el ejercicio de mirarnos y compartirnos, que nos abrió hacia nosotras mismas, pero también hacia el grupo: existimos y estamos juntas en esta existencia. Contarnos y mostrarnos es, no solo en opinión de los autores sino en nuestra propia experiencia, una reivindicación política, “una declaración visual de «yo existo»”. (Avgitidou 2003; citado por Ardévol & Gómez-Cruz, 2012:191)

Existamos autónomamente. Reconozcamos lo estructural, lo sistemático, lo injusto para poder luchar contra ello colectivamente, encontrémonos en la otra y abracemos lo común; pero defendamos siempre nuestra capacidad personalísima de ser, hacer y existir en nuestros propios contextos y relatos.

Lo que reclamamos es, en definitiva, todo aquel proceso psicogenético que está ausente de las grandes marcos y tesis sociológicas, antropológicas y politológicas; las condiciones básicas de posibilidad previas a toda posibilidad de determinación o indeterminación del agente o de su dependencia más o menos relativa del contexto. (Castro & González, 2009) (p. 122)

¿Por qué migramos?

Uno de los postulados más populares del biólogo y filósofo Humberto Maturana y la investigadora en Biología Cultural, Ximena Dávila; arroja una afirmación de gran interés para lo que se desarrolla en adelante: “Toda transformación ocurre alrededor de algo que se conserva.” Mientras la corriente más popular de la biología sigue los postulados de Darwin (1859) de la supervivencia del más apto, Maturana habla de una adaptación que realizamos los seres vivos, en la misma acción de vivir, por conservar algo que es intrínseco a ese vivir que nos hemos ido creando.

Y sabiendo que Maturana ha danzado con aquella delicadeza entre el estudio biológico de todas las especies y el estudio del comportamiento humano, tomo prestado este postulado no solo ahora, sino que lo tomamos desde que iniciamos los conversatorios de la Fundación Mujeres Migrantes y gracias a los estudios de Pamela en Biología del Conocer. De allí, que me pregunte (nos preguntemos): ¿Qué conservan, las mujeres migrantes, alrededor de la gran transformación que representa migrar?

Esta es, quizás, la gran pregunta de trasfondo de todos los conversatorios. Es la pregunta también que nos lleva a preguntarnos por el “ser”, aún cuando pone su énfasis en el “hacer”, pero desde un paradigma en el que el hacer es lo que construye al ser. Porque lo que conservamos, según lo que creo, es a nosotras mismas, y aunque las historias no siempre relaten la conservación de la vida tal como la relatan las historias más crudas de migración y refugio de los grandes

medios, sí relatan cómo conservamos aquello que creemos que somos. Rescatamos nuestra capacidad y nuestra autonomía para seguir siendo.

Y aunque es mi voz la que narrará más adelante, es su visión y su forma de relatar su propia historia. Es la narración de su transformación migratoria, en conservación de sí mismas, y que les ha permitido seguir siendo siempre, bajo sus propios criterios. Son sus narrativas identitarias (y la mía).

Narrativas identitarias

Según la Enciclopedia de conocimientos fundamentales, Volumen I, de la Universidad Nacional Autónoma de México; un texto narrativo “es una forma de expresión que cuenta hechos o historias acontecidas a sujetos” (p. 22). Es, además, un acto comunicativo “que suponen la existencia de un emisor con una intención (¿por qué narrar?) y una finalidad (¿para qué narrar?)” (p. 23). De allí que narrar nuestras propias historias, construyendo con ellas nuestra identidad, implique un proceso reflexivo y en ejercicio de la agencia: quien narra define lo narrado, a partir de su experiencia sí, pero sobre todo de su intención y finalidad, de su propósito.

Las narraciones siguen invariablemente una estructura definible en tres tiempos: Planteamiento, confrontación y resolución; donde el planteamiento será la situación inicial o el marco que desarrolla la acción, la confrontación será la situación nuclear, que transforma de alguna manera al sujeto, y la resolución será, finalmente, el resultado de dicha transformación, que equivale a una situación de equilibrio (UNAM-Siglo XXI, 2010).

Por ende, lo narrado en adelante también cumplirá el esquema de tres tiempos (considerados como capítulos) que se asimilan como tres momentos fundamentales para la situación narrada: La decisión de migrar (planteamiento de la migración), la llegada al nuevo territorio (confrontación con la nueva realidad) y,

finalmente, la agencia (la resolución, producida por una reflexión final de la experiencia, que da cuenta de un propósito autónomo de la sujeta narrada).

Eloimar viaja

Capítulo 1 – La decisión

En una de las muchas ventanitas que se aglomeran en el horizonte de Santiago Centro está Eloimar Bonilla, venezolana, oriunda de Caracas, viviendo su segunda migración. La primera fue a un Londres que la dejó enamorada y a donde espera volver, aunque como ciudadana del mundo, tiene sus planes abiertos a cualquier lugar que le presente la dinámica del mundo entero, cerquita suyo. Un lugar Cosmopolita como es Londres.

Mientras tanto Santiago es un buen lugar. Le permite a Eloimar regocijarse en las arepas calientes que puede disfrutar gracias a que con tanto venezolano en Santiago, la Harina Pan se convirtió en un producto infaltable hasta en el más pequeño supermercado. Sin embargo, allí entre los suyos reencontrados tan al sur, siente la tristeza de saber que Venezuela no es un lugar para volver.

“A mí me duele Venezuela porque yo amo mi país, yo no me fui porque no quisiera estar allí, yo me fui por cuestiones personales, porque yo quería conocer el mundo. Claro, pero siempre imaginé que podía volver y vivir mi vejez, no sé, en una playa en Margarita con un chiringuito donde pueda hablar todos los idiomas que había aprendido en el mundo. (...) Y que ahora no se pueda ir ni de vacaciones... cosa que nunca pensamos. Antes siempre fui una vez al año, jamás me imaginé esto. Y ahora, no se sabe... eso me duele pues. O sea, no saber si se va a poder volver”

Envejecer en Margarita parece una fantasía inalcanzable cuando quienes quedan de su familia en Venezuela, buscan la forma de salir. A Venezuela Eloimar no le ve mejora, y la angustia que padecen los suyos en cada robo, en cada noche sin energía eléctrica o en cada enfermedad sin medicamentos, es una angustia que siempre va cargando. “Venezuela duele” y duele porque la sufre su gente.

Duele también saberse viajera y encerrada ante una pandemia mundial. Pero así estamos todos ¿no? Sin embargo, a la migración venezolana y en particular a la migración de Eloimar, se le suma tener que vivir sin pasaporte. Más de un año tratando de renovarlo, tal como pasan muchos venezolanos desde muchos países, le ha sacado más de una cana. Más de un año anclada en un país que no es el suyo, sin un documento que la llame por su nombre, es más de un año con el país a costas. Venezuela pesa y duele a una Eloimar que tomó un avión para ser libre y que, sin embargo, la hizo prisionera de la burocracia.

“(...) hay una cosa que afecta a la migración que es la documentación, que siempre es como lenta, difícil, y como venezolanos ahorita tenemos un problema, que es que nuestro propio documento de identidad no nos sirve. Mi pasaporte está vencido y llevo ya más de un año tratando de renovarlo. Entonces todo el peso de tu país también lo llevas ahí, en ese documento ¿no? y es preocupante porque tu propio documento está vencido y los documentos que estás tramitando en ese otro lugar se tardan más. Entonces es difícil para tu vida como civil, como ciudadano.”

Capítulo 2 – La llegada

Es común el discurso de la diáspora venezolana sobre el agradecimiento. Después de tanta angustia, tanta incertidumbre, poder estar estable en otra tierra provoca ese sentimiento. Es natural, es optimista, es precioso y Eloimar no escapa de ello. Está agradecida con Chile por haberle abierto una puerta al mundo entero, cuando empezaba a sentir la economía y la política venezolana como una cárcel que se iba armando barra por barra. Sin embargo, del estallido social en adelante empezó a sentir que quizás su venezolanidad no era tan bienvenida.

A nivel individual admite nunca haberse sentido víctima de xenofobia o haber vivido alguna experiencia negativa, eso lo agradece a sus vínculos más cercanos, quizás ha tenido suerte; pero ver cómo las ideas de la revolución chavista tienen

asidero en la tierra que escogió para vivir, le molesta. Le duele, creo también, encontrándome un poco en sus palabras. Duele cuando otros defienden al gobierno que te obligó a salir.

"(...) nos mudaron de lugar. Hay familias enteras de venezolanos aquí. Eso me duele, porque yo sé que hay mucha gente que no está aquí porque quiere. Cuando yo me fui en esa oportunidad de Venezuela sólo se sabía por las misses y bueno, por Chávez. (...) Uff, todos enamorados de la izquierda, la revolución. Pero yo les decía "Ok, yo entiendo tus ideas, pero Chavez no está haciendo eso. Él está vendiendo eso, pero no está haciendo eso. Él está montando una dictadura y vamos para allá. Ya es una dictadura, ha socavado todos los poderes (...) Yo siento que me quedé sin hogar. "

Capítulo 3 – La agencia

Eloimar ama viajar y lo dice en cada oportunidad que tiene. Su pasión por conocer nuevas culturas la puso en Londres con solo veintiún años y le abrió el camino a un romance que la llevó a Polonia y luego de vuelta a Venezuela, una vez el romance terminó y el saberse sola le resultó paralizante. Y no es menor, me recuerda a la autora de "Persépolis", Marjane Satrapi, que contaba como siendo migrante casi la mata un desamor, no solo porque duelan los finales, sino porque la falta de vínculos nos vulnerabiliza profundamente. Es un hecho.

"Pasé un tiempo en Varsovia, donde di clases de español y me iba muy bien, pero me robaron la computadora (...). Tenía una amiga increíble allá, conocí gente maravillosa que me decían "Sí vente, te quedas aquí", pero cuando me pasó ese incidente me di cuenta de que estaba sola, que si me enfermaba y si me atropellaba un carro estaba sola, a pesar de que tenía una red de amigos. Fue como que, ese hecho me hizo sentir que al que podía llamar en ese momento era solo a mi ex-pareja, entonces como ya no estaba con él, estaba sola, y me dio miedo. (...) Ese incidente me hizo así como «¡oh! No hay ningún familiar tuyo» ¿no? Tenía muy buenos amigos, pero si algo realmente difícil me pasaba ¿Qué iba a hacer?"

Eloimar migró porque Venezuela era invivable, sí, porque se estaba gastando los ahorros para los estudios que la regresarían a Londres en trivialidades como cambiar un caucho (una llanta, del auto). Pero migrar también le permitió salir del país que le apagaba poco a poco esas metas. Migrar fue, en la historia de Eloimar, un viaje que se concretó para poder seguir viajando.

“Por eso fue que empezamos a reunir ¿no? no tanto por irnos de Venezuela, sino para irnos a estudiar afuera o algo, pero la situación se fue poniendo cada vez más compleja y... yo no sabía qué tan mal se podía poner, pero cuando vi que ya no podíamos ahorrar, me preocupé. Yo no vi una manera de, como mucha gente que está allá, de ganar en dólares, no percibí que podía tener un plan B que me permitiera aguantar en el país. Y además, también con la responsabilidad de cuidar a nuestros padres. Como sea, me daba un poco de susto pues, quedarnos y no poder mantenernos. Porque Venezuela, todavía no sabemos hasta dónde puede llegar a empeorar. Y bueno, por eso Chile fue una opción. Empezamos a pensar, empezamos a revisar y éste surgió como un destino para seguir migrando.”

Ahora está Eloimar asentada en Chile, una vez consiga renovar su pasaporte, puede seguir siendo la Eloimar viajera; y el “viajar para poder seguir viajando” alcanzaría su cumbre. Eloimar no estaría hoy en Venezuela ni que ésta estuviera en su mejor momento. Ella prefiere viajar, prefiere seguir conociendo; y volver cada Navidad para recargarse de playa, de acento caraqueño, de ventanas al Ávila, de café con arepas; y luego seguir con lo suyo. Seguir siendo embajadora de Venezuela, autoasignada, para el resto del mundo.

Pamela baila

Capítulo I – La decisión

Pamela es la mujer junto a la que fundé “Mujeres Migrantes”. Es esa amiga que se ha repetido en mi vida a través de distintas personas, pero que siempre busco de nuevo porque necesito tener cerca a alguien a quien admirar y en quien proyectar la adultez que voy construyendo en el camino. La quiero mucho y le agradezco enormemente que, mientras generábamos los primeros espacios de conversación juntas, también fui encontrando dentro de mí el sentido de mi historia. Junto a ella y junto a todas las demás.

Pamela es caraqueña, aunque haya nacido en Santiago de Chile y haya vivido su juventud en Puerto Ordaz. Yo siento en ella una nostalgia por Caracas que parece no apaciguarse por más que Santiago esté lleno de cerros y también de caraqueños. Igual queda ese anhelo por volver a una ciudad que combina la modernidad cosmopolita con una esencia caribe que se expande por toda Venezuela, aunque se diversifique de muchas formas.

Para Pamela, Venezuela es esa madre adoptiva, gorda, negra y amorosa, que la recibió en brazos cuando su madre biológica, una chilena flaca, blanca e histórica, no pudo sostenerla más. Un amor caluroso frente a un amor frío y quizás también más racional, que la soltó a tiempo cuando tuvo que hacerlo. Los recuerdos de la infancia temprana de Pamela contienen el sonido seco de las bombas cayendo sobre el suelo santiaguino, que asoció para siempre a ese olor a granos y condimentos del gabinete donde su abuela la escondió para darle refugio. Contienen la angustia de haber esperado a su padre, simpatizante de la izquierda de Allende, por horas luego de perpetrado el golpe. También contienen el dolor de una familia que cuenta entre sus miembros a detenidos desaparecidos y torturados.

- *Mi papá tenía su prima hermana, que era del MIR, que trabajó con ellos, que era Lumi Videla, que tú la busca y es famosa (...) porque a ella... Eso fue horrible, horrible, no quiero contar.*
- *Tú me contaste ya.*
- *Entonces, ese era el Chile del que yo me fui.*

Con ese dolor a cuestas, quizás se empieza a sentir culpa por el gozo. Lo veo también en migrantes venezolanos, que no se atreven a disfrutar pues recuerdan la situación en la que dejaron a sus familias. Sin embargo, el gozo en Venezuela es casi mandatorio, siendo una nación que se jacta de sonreír a la adversidades, por eso, esta culpa que para Pamela era casi originaria, casi de nacimiento, le significó un cambio radical. Migrar de un Chile en dictadura a una Venezuela en apogeo democrático y económico fue un cambio radical, una oportunidad para vivir otra vida.

O sea, yo era súper estudiosa, a mí eso se me quitó un poco en Venezuela. En Venezuela yo comencé como a leer lo que yo quería, a gozarme la vida ¿no? Pero aquí era así como "tienes que leerte este libro". Y me leía el libro y me lo aprendía de memoria y tomaba notas, porque era así como disciplina militar. Porque bueno, y si gozabas mucho... que yo tenía eso también ¿no? Que era muy chistosa y hacía reír a mis compañeras. Y decían: "esta se ríe en la fila, a esta le gusta el gozo".

Pero eso fue hace poco más de cuarenta años y hoy Pamela está de vuelta en su Santiago natal. Esa mamá amorosa que fue Venezuela encontró la manera de también soltarla cuando el peligro volvió a estar cerca. Aún cuando había decidido hace mucho tiempo ser una venezolana con familia venezolana, que viviría siempre en Venezuela; cuando tuvo al SEBIN (La policía de investigaciones del régimen de Nicolás Maduro) en su edificio, buscando las donaciones de medicamentos que llegaban desde el exterior y eran recolectadas en su departamento para capear la escasez de conocidos y desconocidos, supo que ya ese no era un país seguro ni para ella ni para sus hijas. Tocaba volver a la madre flaca, tocaba volver a Chile.

Capítulo II – La llegada

Cuando una migra, no es que el país que dejaste se queda esperándote de vuelta. Y cuando se migra siendo niña y se vuelve de adulta, a pesar de la mayor facilidad de los papeles y de los familiares que aún siendo desconocidos te abren los brazos, no se siente como volver. Se siente solo como migrar de nuevo. Para una Pamela que ya había pasado algunos años en Argentina y vuelto a Venezuela con ganas de quedarse, migrar a Chile ha sido agotador. Ha sido de muchísimo trabajo por no tanto dinero, ha sido de sostener la casa sola porque la burocracia chilena no le permite a su marido tener los papeles necesarios para compartir la carga, ha sido de apoyar a sus hijas en sus experiencias como migrantes, ha sido de traerse a sus padres chilenos y ver morir a su papá apenas unos meses después. Ha sido mucho en muy poco tiempo.

“el modo como yo me siento aquí en Chile, y cada vez que migro, es como si yo me metiera en un zapato chino (...). Tengo como esa sensación de... me duele el cuerpo. El cuerpo me duele literalmente. (...) es como molestia en general, mucha molestia... mucha molestia, así como queriendo que ya pase el tiempo, porque además sé que va a pasar. Sé que me voy a sentir aquí a mis anchas y que va a haber un momento que voy a estar súper bien y que... luego puede volver a venir otro zapato chino a apretarme...”

Somos una especie migrante a la que a su vez le duele estar lejos de casa, pero se pone peor cuando la casa no es un lugar fijo, sino que quizás es un momento que se reparte en muchos lugares y deja a una, desnuda, en esencia, siendo ella misma que es lo único que siempre cabe en el equipaje. “Migrar desnuda”, reflexionó Pamela en uno de nuestros conversatorios y creo que es cierto. Migrar nos obliga a revisar aspectos de la cultura de origen que de otra forma no notaríamos, e irlos sacando de la personalidad y del cuerpo como si se tratara de

unas prendas. Sacar hasta quedar desnuda: ¿y qué queda después que no soy venezolana? Quedo yo, quizás. Solo eso.

“Me acuerdo de que en Venezuela había un canto que hacía la gente en la televisión que decía «soy quien soy, aquí» como si tu identidad fuera estar en Venezuela... y yo siempre he dicho «no... tú eres quién eres (lo que puedes ser) cuando migras». Ahí es cuando te ves. Ahí es donde se bate el cobre, las papas queman ¡ahí es! ¿Quieres quedar en pelotas, desnuda, que se te vea todo? ¡Ahí es!”

Desnudarse y soltar las prendas, sin embargo, no era agotador para la niña de nueve años que llegaba a la selva libre luego de haber vivido en dictadura; más bien fue liberador. Por el trabajo de su papá, Pamela vivió su primera migración llegando directo desde Santiago a residenciarse en Guri, y Guri era mucho menos una ciudad y mucho más un experimento social. Allí llegaban migrantes de todo el mundo a vivir en cientos de complejos con casas idénticas, para colaborar en una economía de industrias básicas venezolanas pujante. En el colegio, niños chinos, árabes, brasileros, argentinos y de todas partes hacían equivalentes esfuerzos por ser parte de los mismos juegos, aunque por supuesto era más fácil para unos que para otros.

Pamela tuvo sus aliados. El primero fue un niño, “lanza” como dirían en Venezuela y como les enseñan a ser, que la sacó a bailar en una “rumba” que se armó cuando el colegio celebraba el Día de la Alimentación. Frente a maestras, padres y amiguitos, la niña angustiada que no se permitía el goce se dejó guiar hasta la pista, y mientras sonaba una salsa brava, intentó seguir los pasos de su compañero de escuela y de baile. Mientras tanto, el cuerpo de la niña criada en dictadura tomaba nota y soltaba angustias.

“De repente viene un muchachito, lan, me saca a bailar y me dice «yo te voy a enseñar a bailar», y yo me entregué. Imagínate una chilenuita de nueve o diez años (...), la sensación de que alguien te agarre para bailar y te diga «no, suéltate». Lo único que yo recuerdo es esta voz en mi oído que me decía «Suéltate, suéltate ¡coño! Suéltate». Y yo después reflexionaba que ¡coño! ese chamo a mí

me cambió la vida... Y lo único que me decía era «suéltate, coño, suéltate», «Eeeso, así, así, así, esoooo». Y lo que me estaba diciendo era: olvídate de la cabeza por un minuto ¿entiendes? Olvídate de cómo vas a contar esta experiencia después ¡Suéltate! (...) Y además es muy loco, porque a mí me sorprendía todo esto y pensaba «¿Qué va a decir la maestra Maritza cuando me vea bailando?» ¿y qué pasó? ¡Nada! ¡Me aplaudían! ¡Gozaban! «Ah bueno», dije yo, esto es. Además me lo celebran y yo dije «esto es maravilloso».

Y aunque aquella primera migración le haya pedido soltar la rigidez del cuerpo angustiado y ésta (ojalá que) última, le haya pedido soltar la proyección que tenía para su futuro, los apegos y el calor de la mamá Caribe; las dos tienen en común la desnudez. Las dos dejan a una Pamela a la deriva, sin adornos, expuesta completamente a las circunstancias y ante la inminente necesidad de entregarse. Migrar puede doler o ayudar a sanar, pero siempre implica soltar.

Capítulo III – La agencia

“A mí lo que me ha mostrado, como todas las migraciones en general, es que hay que entregarse. Y yo en el fondo siento que... es muy loco, porque a pesar de que yo nací en esta piscina (la migración), yo tampoco me quiero volver a lanzar.”

Pamela tiene una comadre que vive en Miami y que le tiene prometida una ida a bailar apenas la pandemia lo permita. Miami, que es esta ciudad de Estados Unidos fácilmente confundible con la capital de América Latina. Tras ese anhelo de hacer efectiva la invitación están las ansias del calor de la madre patria abandonada, pero está también el cuerpo extrañando el ritmo. Está la niña queriendo volver a soltarse y la adulta sintiendo muy fuertes los amarres del zapato chino que la aprisiona. Aunque Pamela sepa que lo mejor es soltarse y entregarse a esta nueva migración, guste o no el ritmo que tenga, saberlo no lo hace más fácil.

“O sea, yo añoro irme a Miami con mi comadre, que mi comadre sale a bailar como quien hace una diligencia en el banco. Muy seria, dice

"vamos a bailar". Pero como si fuera, bueno, que nos tenemos que hacer la mamografía ¿Me explico? (...) coño, yo estoy tan separada de mi cuerpo... porque claro, aquí no bailo. No, no, nada."

Los cuerpos chilenos, con sus historias a cuestas, están ahora compartiendo espacio con más cuerpos venezolanos que nunca y juntos estamos aprendiendo un baile nuevo. No es exactamente igual a la salsa brava ni tiene la estructura rígida de la cueca, pero es una mixtura que vamos creando a medida que nos vamos conociendo, enseñándonos a bailar mutuamente y soltando. Soltando los prejuicios, soltando los proyectos de vida que ya no son viables, soltando los miedos que ahora están lejos, los dolores que no podemos sanar; soltando para poder coger el ritmo, coño, soltando para poder bailar.

Pamela lo hizo una vez y tiene el aprendizaje grabado en el cuerpo. Y me apropio de su analogía, pues ya que estamos acá en la piscina, que nos quitamos la ropa y nos pusimos el traje de baño, no podemos quedarnos todo el rato rondándola. Hay que meternos en la piscina, en la cultura, empaparnos de lo nuevo, soltar, nadar, bailar. Finalmente, migrar es tanto una respuesta a un contexto duro y apremiante, como un movimiento en búsqueda de libertad.

Nora habla

Capítulo 1 – La decisión

Conocí a Nora¹ en el primer conversatorio formal de la Fundación Mujeres Migrantes. Recuerdo que llegó tarde, ajetreada, abrió la puerta y se introdujo en esa sala calurosa de Santiago Centro dando tropiezos. Era marzo y el sol nos endurecía el rostro, pero Nora parecía especialmente endurecida, quizás por el viaje en bicicleta que la había traído hasta nosotras o quizás por la dureza de su temperamento. Tengo la idea de que se sentó cerca de mí, aunque podría ser una sensación producida solo por lo cerca que me sentí de ella, emocionalmente, cuando le tocó el turno de contar su historia.

Llegó hace cuatro años a Chile, casi como yo. Había perdido su trabajo en Venezuela y con su madre irremediadamente enferma y sus hijos ya pisando la adultez, sintió que era su momento de partir. “Sintió” suena muy ligero, si consideramos también que Nora había recibido varias amenazas de muerte en la puerta de su casa en Maracaibo, su ciudad (y la mía), de parte de allegados al régimen de Nicolas Maduro.

Nora había sido funcionaria pública desde la primera década del 2000 para el gobierno municipal (en ese momento en manos del Alcalde del chavismo Gian Carlo Di Matino), lo que eventualmente se transformó en una carrera en distintas instituciones del Estado que la llevó a trabajar en la “Misión Madres del Barrio” (proyecto nacional socio-productivo para mujeres en situación de vulnerabilidad), el “Ministerio de Comunas” (encargado de construir la ejecución de la economía comunal), y otros proyectos emblemáticos del modelo instaurado por “El Comandante” Hugo Chávez y sus subalternos.

¹ Para la preservación de su privacidad, se hace uso de un pseudónimo.

Nora era entonces una “chavista” (visto desde afuera, porque ella cuenta nunca haberse sentido cómoda con esa etiqueta pues más que “chavista”, siempre se sintió “de izquierda”) que había descubierto desde dentro de las instituciones, las ansias totalitarias del modelo político en el que alguna vez creyó profundamente y que ahora es señalado como culpable, por un gran porcentaje de los migrantes venezolanos, de sus respectivas huidas y penurias.

Desilusión que empezó descubriendo la corrupción, la importancia de la lealtad política por encima de los objetivos de los proyectos y la carencia de voluntad, de estas instituciones, para la revisión de sus errores. Y que, por supuesto, no hizo más que acrecentarse cuando al denunciar lo malo, solo recibió insultos y descalificaciones que apelaban a su falta de lealtad, como: “Escuálida” (adjetivo que popularizó Chávez para referirse a sus oponentes cerca de 2002-2004), “Quinta Columna”, “Anti-frente”, o “apátrida”.

-“En la “ciudad-comunal” hicimos un trabajo de evaluación muy bonito, hasta que recibo mi primera amenaza, estando yo allá, porque hicimos una investigación donde descubrimos una malversación de fondos y una corrupción muy profunda...”, “Abrimos todo el compás de elecciones de los Consejos Comunales a Vox Populi, donde la gente podría participar sin importar de qué partido era. Eso me hizo ganar enemigos muy duros, muy, muy duros”. “Ahí me gané el odio, ellos me llaman anti-frente (...).” “Hicieron una sesión exclusivamente para pedir mi cabeza en la Asamblea Legislativa de San Francisco (...).” “Me empezaron a tomar otra vez todas las instituciones, me rayaban las paredes, se metieron en la oficina... Cuando yo tomé Funda Comunas, recuerdo, me borrarón toda la data.” “Me decían «te vamos a ver muerta»”.

Para Nora su relación, alguna vez idílica, con el chavismo, terminó en un “divorcio por violencia doméstica”, traumático y peligroso. A ello se le sumó que los proyectos que se planteó luego, para su sustento económico, se vieron afectados por la crisis que aún atraviesa el país. Y por si fuera poco, su madre de 76 años estuvo deteriorándose día a día por un alzheimer que le robaba las ganas de vivir. Esas fueron las razones que la llevaron a tomar la decisión de salvarse (de las

amenazas de muerte, de la depresión gatillada por la desilusión del modelo que apoyó, de la angustia de ver a su madre marchitarse) en tierras cinco mil kilómetros al sur. Pero tocar tierra no significa necesariamente “estar salvada”.

Capítulo 2 – La llegada

Nora emprendió su camino a Chile animada por sus hijos, que tras algunas investigaciones concluyeron que éste sería un buen lugar. Esto, mientras el mayor vivía en Estados Unidos, y el del medio y el menor se quedaban en Maracaibo apoyando con las necesidades de su abuela, hasta que llegara su momento de también migrar. Sin ellos a su lado, Nora tuvo que recibir la noticia de que su mamá había muerto. Mientras escribo esto, recuerdo cómo lloraba la Nora de ese primer conversatorio, cuando contaba que su mamá sólo duró dos meses más sin ella, que había sido su cuidadora principal.

“Yo no tenía las herramientas para atender a mi mamá, ni psicológicamente, ni emocionalmente. Había momentos donde yo salía al patio a gritar, porque ya no podía (...). Me dolió mucho dejarla en una casa hogar, porque ella me decía mucho «Mamita, no me dejes nunca en una casa de esas», y el yo no haber podido complacerla, fue muy doloroso”.

Al dolor por su migración y la muerte de su mamá, se sumó uno extra e inesperado. En un intento por crear nuevos vínculos había entrado a un “grupo de Whatsapp” de venezolanos de la diáspora que se habían asentado en Punta Arenas y todo iba bien allí, hasta que alguno de los miembros buscó su nombre en Facebook y encontró fotos de su pasado laboral y político.

“En el Whatsapp fue una cosa muy fea. Fue horrible, me dijeron cosas muy horribles. Yo antes de salirme respondí «no tengo de qué avergonzarme. No acumulé riquezas, no robé, no hice corrupción y profundamente sigo creyendo que un mundo mejor es posible (...)» y bueno, ahí abandoné el grupo y empezaron por Facebook a escribirme

desde cuentas equis, «Cuídate maldita, sabemos donde estás. Ya sabemos que estás en Chile (...)» Y eso me agobió, ahí puse mi Facebook privado y me encapsulé. No quería salir”.

Poco después su segundo hijo estuvo listo para migrar y la acompañó en su mudanza desde Punta Arenas a Santiago. Llegaron a casa de una media hermana de Nora, que se había ofrecido a recibirlos mientras conseguían el dinero suficiente para arrendar un espacio propio. Sin embargo, esta nueva ciudad no los recibió como esperaban. Su anfitriona, junto con el resto de los co-habitantes, se enteraron del pasado político de Nora y ya no estuvieron cómodos con la idea de hospedarlos.

“Mi hermana se levantaba todos los días y empezaba a decir en voz alta «Malditos chavistas y ex chavistas, lo que sean, malditos todos», entonces para mí fue una cosa muy dura. Mi hijo me veía llorar todos los días, todos los días y yo no encontraba departamento, no teníamos plata.”

Aunque pronto lograron arrendar algo propio los mensajes tardaron más en detenerse. Llegaron a oídos de conocidos muy lejanos, era difícil saber el alcance de la historia. Por eso, Nora tenía miedo de conocer a cualquier venezolano en la ciudad pues podía ser de aquellos que juraron en redes sociales, que quemarían un supuesto restaurante que ella iba a inaugurar con el dinero que habría obtenido de sus trabajos con el gobierno.

La realidad era que sin restaurante, sin dinero y huyendo también de los seguidores de la tendencia política con la que se le asociaba, Nora se sentía cada vez más sola. Tanto, que en una ocasión pensó en acabar con su vida, saltando de la baranda de alguno de esos pequeños departamentos de las grandes torres de edificios que caracterizan a Santiago Centro. En ese estado, sin embargo, se armó de valor y entró con ímpetu al primer conversatorio de Mujeres Migrantes dispuesta a contar su historia.

“Me sentía tan sola, tan sola, que me atreví a irme en bicicleta, llegar allí, escucharlas, escuchar historias de dolor también, con las que dije

«¿Cómo cuento mi historia aquí? ¿Cómo le digo yo a esta gente, que tiene tanto odio, que yo fui parte de eso?», pero algo dijeron que fue como ponerme un imán en la silla, y eso fue lo que me destapó (...) Haber estado allí fue empezar mi camino de recuperación real».

Capítulo 3 – La agencia

Nora es una mujer preciosa. Físicamente aparenta ser al menos quince años más joven y cumple con el estereotipo característico (y perjudicial, a mi juicio y al de cualquiera con una moderada perspectiva de género) de las venezolanas, bien construido a través de los concursos de belleza y la cultura de consumo heredada de las bonanzas petroleras de antaño. De allí que se identifique como “sin edad”, aunque el activismo detrás de ello sea mucho más interesante.

En el mundo de las redes sociales Nora encontró un nuevo espacio para crear ese “mundo mejor” en el que siempre ha creído. Ya no desde las instituciones y el proselitismo, sino desde su conocimiento, experiencia y testimonio, sobre cómo enfrentar la vida más allá de etiquetas y prejuicios. “Todo lo que escribo, todo lo que yo hablo, tiene que ver con esto”, me dice para hacerme saber que aunque no cuenta detalladamente su historia, cada palabra que escribe la contiene y a su vez, le permite seguir sanando.

Porque hablar nos sana, ese es su aprendizaje. Así como los conversatorios de Fundación Mujeres Migrantes me enseñaron a mí que hablando se sana, Nora lo vivió antes y lo recuerda siempre. Hablando y escuchando a otra, que probablemente en su historia tiene mucho de la tuya. Hablando en un espacio donde todas tenemos algo que contar, que también le pasó a otra. Hablando por las que no están allí, pero también vivieron lo que nosotras.

Nora entró a ese primer conversatorio para empezar a hablar, vino a Chile para empezar a hablar, y ese hablar es su proceso, quizás no solo para sanar, sino

también para seguir haciendo ese trabajo hermoso que tanto le gusta y tanto le dolió dejar: el de apoyar a otros en la búsqueda de su bienestar, su voz y su autonomía.

Victoria trabaja

Capítulo I – La decisión

Victoria es chilena y venezolana a la vez, a pesar de que lo cuenta con un acento que ni es lo uno ni es lo otro. Vivió cuarenta y dos años en Venezuela y hace dos que volvió a Chile junto a Claudio, su esposo, al natal Santiago de los dos. Venezuela había sido un paraíso para ambos hasta que simplemente dejó de serlo. Luego de que el tratamiento para el cáncer de Claudio dejara de conseguirse en un país donde la escasez de medicamentos es parte de la cotidianidad, tuvieron que sentarse a planteárselo: Volver, ya en la tercera edad, al país del que salieron huyendo durante la dictadura de Augusto Pinochet. Luego de que Pamela, su hija (y la misma con la que fundé Mujeres Migrantes), decidiera volver; se animaron. Sin embargo, Claudio murió poco después, rodeado de esta tierra que lo sintió suyo.

A pesar de haber sido simpatizantes de la izquierda de Allende, para Victoria y Claudio, migrar a sus treinta y pocos no fue solo una decisión basada en convicciones o seguridad política. Claudio había intentado iniciar un negocio que fracasó, y luego aceptó un trabajo en Endesa que, aparte de exigirles vivir en un campamento rural, no les daba la soltura económica que esperaban tener. Vivían “endeudados hasta el cuello”, según cuenta Victoria. De allí que migrar para trabajar en Venezuela, tal como había hecho exitosamente un familiar de ambos pareciera una gran opción.

A sus setenta y tantos, Victoria y Claudio ya sentían que Venezuela era su casa. Sin embargo, hace años ya vivían de un negocio propio especializado en arrendamientos, que de la noche a la mañana fue criminalizado por una de las leyes más emblemáticas del chavismo. Sus ingresos mermaron, la moral de ambos se fue al suelo y las dificultades para enfrentar el tratamiento fueron la cereza del pastel.

Es por eso, sobre todo, que tuvieron que pasar a formar parte del gran grupo de retornados.

“tuvimos la empresa más de 30 años, hasta que empezó a cambiar la situación (...) pasamos a ser poco menos que delincuentes. Fíjate, a mí me llama la atención esto porque muchos venezolanos no lo saben, legalmente tú (una empresa intermediaria) no puedes hacer un contrato de arrendamiento para vivienda. Puedes hacer para oficina, puedes hacer para un local comercial, pero para vivienda no. Eso está prohibido. Ninguna notaría te acepta firmar un contrato de arrendamiento. O sea, que el negocio llegó hasta ahí. Y eso, te digo, sucedió estando Chávez en vida. (...) fue penado el hecho de arrendar inmuebles que era nuestro fuerte. (...) Entonces deshicimos la cartera de administración y nos quedamos nada más que con la venta, pero las ventas también después por sí solas se derrumbaron, porque no había apoyo crediticio, nadie podía comprar. Y hasta ahí nos llegó el negocio.”

Capítulo II – La llegada

Era 1978 cuando volaron más de cuatro mil kilómetros al norte y llegaron a unas tierras tropicales que les enseñaron, básicamente, a vivir de nuevo. La familia que antes dependía del crédito para abastecer su hogar, ahora disfrutaba de hacer compras quincenales en la Isla de Margarita y de un espacio multicultural para su propia inserción y la de sus hijos. Claudio era un profesional codiciado y Victoria, que había estudiado nutrición en Chile, se encargaba de las labores domésticas y del cuidado de los niños mientras consideraba si hacer una reválida para ejercer su carrera o si empezaba a trabajar en algún otro rubro de esta tierra de oportunidades.

Un aviso del periódico puso a Victoria a trabajar en ventas por primera vez, para una iniciativa local de tarjetas de crédito, y aunque no duró mucho allí, fue la experiencia que necesitaba para darse cuenta de que las ventas eran lo suyo. Así llegó a la venta y arriendo de bienes raíces, donde tuvo tanto éxito, que eventualmente montó su propia oficina y contrató un pequeño grupo de empleados. La Victoria que dependía del crédito en Chile había quedado atrás. Esta Victoria, en

su versión venezolana, había ganado la suficiente seguridad en sí misma y contaba con el suficiente suelo económico para “ser su propia jefa” y de otros. Eventualmente, el negocio se volvió la primera fuente de ingresos del hogar y Claudio, que siempre había trabajado de ingeniero, dejó atrás las empresas básicas para unirse al proyecto de su esposa empresaria.

“Venezuela me dio mucho piso y reconoció en mí una persona con valor, una persona que se podía desempeñar en diferentes ámbitos. Chile no me ha dado eso. A pesar de que yo me fui, como te digo, de treinta y tres, treinta y cuatro años, ya había tenido la experiencia de tratar de abrirme camino como profesional acá y era difícil en ese tiempo. Dígame ahora de vieja ¡Peor! Intenté empezar una actividad acá en Chile, una actividad más social que profesional, me fui a ofrecer a las municipalidades para hacer clases a adultos mayores, y no, o sea, me miran así como con curiosidad ¿no? «esta señora de esta edad, pretendiendo...» una cosa así y no insistí. Pero qué te digo, eso me dio Venezuela: Mucha seguridad en mí misma.”

La llegada a un Chile próspero, sin embargo, no ha sido igual que la llegada a esa Venezuela próspera de antaño. La edad pesa y resta oportunidades. Tener que volver fue duro para ambos y luego, la muerte de Claudio. Victoria, a pesar de todo, habla del episodio con tranquilidad. Admite que se siente sola, pero cuenta entre sus quehaceres cotidianos con la distracción necesaria. Su labor acá, viendo tan difícil empezar un nuevo negocio y seguir desempeñándose como empresaria, ha sido la de cuidar a sus nietos. Ello, mientras sigue ejercitando su faceta de artista plástica, que bien manejó en Venezuela como una segunda carrera a través de la artesanía. Venezuela se transforma entonces en un recuerdo, mientras Chile, su propio país, es una nueva realidad que plantea, de nuevo, el desafío de adaptarse.

“Yo me levantaba en Venezuela a las cinco y media de la mañana y me iba a caminar al Parque Cachamayo, o me iba al parque La Llovizna, o me iba al Comunitario a caminar al aire libre con un hermoso paisaje, y regresaba a mi casa tipo siete de la mañana. Me tomaba mi desayuno tempranito y el día me rendía una barbaridad. Aquí al comienzo igual me levantaba temprano y trataba de salir a caminar pero no había un

alma en la calle, entonces me da miedo, ¿no? Y no me gusta eso, que la gente se levante tan tarde. Pero bueno, ya yo también estoy despertando a las ocho y media...”

Capítulo III – La agencia

Si migrar una vez es difícil, migrar dos veces lo es doblemente. Victoria goza del privilegio de no tener que padecer la burocracia migratoria siendo una repatriada y, además, cuenta con la compañía de un buen grupo de familiares retornados y otros que nunca salieron; sin embargo, por otro lado, también es una migrante más. Su acento le permite diluirse en conversaciones de lado y lado, quedando como extranjera para ambos. Mientras, ella admite sentirse fragmentada y no es de extrañar. Los fragmentos de chilena, venezolana, abuela, empresaria, artista, anciana, de grandes amigos en Venezuela y de pocos acá en Chile; la componen.

Victoria, aún así, se aferra a su identidad venezolana. Fue en Venezuela que vivió una adultez de satisfacciones que le permitió descubrirse como la mujer que es, y fue allá que aprendió a ser feliz sin importar las adversidades. Hoy usa lo aprendido para enfrentar los cambios y aprovecha de aconsejar, apenas tiene oportunidad, a otras venezolanas que estén teniendo dificultades de adaptación. La fortuna de éstas es que Victoria tiene gran experiencia adaptándose y logrando que el viento sople a su favor, o al menos, siempre cambiando de perspectiva cuando no lo hace.

“Para mí (migrar) es haberme desprendido dos veces, ha sido para mí una gran enseñanza para poder entender la impermanencia. Sentirme libre, liviana, casi etérea. Veo el lado positivo para mí. (...) Difícilmente recuerdo cosas que me entristezcan, para eso uno tiene el diario vivir. Y claro, he tenido períodos de mi vida tristes, sin duda, pero ya pasaron, trato de disfrutar el día. Y no tengo... No me gusta recordar cosas dolorosas. O sea, soy lo que soy, día a día, y no tengo recuerdos tristes ni cosas que pudieran hacer que yo tenga que pedirle perdón a alguien ¿no? Soy una persona que vive en paz, y espera el mañana sin ningún tipo de idea preconcebida.”

Yudith camina

Capítulo I – La decisión

Yudith es al menos veinte años menor que mi abuela e igual me la recuerda. Tiene esa energía matriarcal que te hace querer estar cerca y no es casual, es la tercera de un hogar con ocho hermanas y un hermano, madre de dos hijas y abuela de dos nietas. Según su relato, además, era la que siempre congregaba a sus hermanas, sobrinos y sobrinos-nietos e inventaba un motivo para celebrar y estar juntos. Preparaba la torta, hacía un par de llamadas, y así, domingo a domingo, armaba una reunión familiar del tamaño de una fiesta en casa de su mamá, una matriarca de noventa y un años. Al menos así fue hasta que decidió migrar.

Yudith se había jubilado hace varios años, pero eso no la hacía menos activa. Viajaba en cada oportunidad que tenía desde su casa en Puerto Ordaz, hasta Anaco, a 269 kilómetros de distancia y donde aún vive su mamá, para hacerla sentir acompañada. Además, siempre estaba buscando nuevos lugares entretenidos donde llevar a Andreina, su hija mayor, que debido a una condición neurológica en la que no ahondamos demasiado, depende completamente de sus cuidados y es, por tanto, su más cercana compañera. Sin embargo, el aumento de la inseguridad, originado por la grave crisis económica y política que vive el país, le cerraban cada vez más las posibilidades de movimiento.

“Venezuela se estaba poniendo súper complicado. (...) empezaron «No te puedes mover», «No te puedes ir sola para Anaco», «No puedes ir por la carretera», «no puedes salir», «no puedes ir de noche». O sea, yo seguía en Venezuela, pero ya no podía salir de noche. (...) porque una vez me robaron el carro frente a mi cuñado (...) Entonces al final tú dices que ya tu no estabas viviendo bien en Venezuela porque no podías... ya no estabas decidiendo tu vida, tu vida te la decidía la situación del país”

Esa sensación de estar perdiendo libertad se sumó luego a la migración de su hija menor Adriana junto Noa, su primera nieta. Luego de pasar navidad y año nuevo con ellos en Santiago, Yudith y su marido empezaron a pensar en unírseles y venir a vivir a Santiago, que era más segura, más moderna y contaba con un sistema de transporte que le abriría los horizontes a cualquiera que lo tuviera a su alcance por primera vez. Con ahorros contados y suficientes, además de la posibilidad de vender a buen precio un par de propiedades, Yudith solo se sentía frenada por dejar a su mamá, de noventa y un años, en Venezuela. No sola, porque en una familia tan grande no faltaban manos para cuidarla, pero... ¿y si no volvía a verla?

“Yo decía «mi mamá tiene noventa y un años... yo no me puedo mover hasta que mi mamá se muera». Después, un día yo me dije «Bueno, ¿entonces yo voy a estar pensando en que se muera mi mamá para poder viajar o para irme?» (...) Yo hablé con mi mamá y le dije «no, usted se queda aquí contenta» (...) «Nos seguimos viendo por videollamada, yo voy a acompañar a Adriana» porque yo le decía ella que uno ama mucho a su mamá, y cuando tiene los hijos descubres que el amor hacia los hijos es muy profundo. O se, a que ahí tú valoras más a tu mamá porque sabes lo que te amó. Entonces yo le dije «bueno, así como tú estabas pendiente de mí y quieres que yo sea feliz, yo ahora estoy pendiente de Adriana».

Capítulo II – La llegada

Las arepas fueron cambiando por marraquetas con palta y los domingos junto a la gran familia, por paseos en la ciudad. Yudith, con su encanto caribeño, fue haciendo nuevas amistades a la salida del colegio de su nieta, con quienes intercambiaba desde recetas hasta opiniones políticas. Con ellas aprendió a hacer empanadas de pino, a bailar cueca y a moverse en el metro de Santiago con soltura. La chilenuidad se le presentó entonces como un modo de ser distinto, pero “chévere”.

“Con el colegio de Noa hice amigas, y de hecho me invitaron a onces (...) ellas me preguntaban cosas de Venezuela, entonces yo cosas de

Chile y comparaba. Y ellas me decían «...ustedes son alegres...» «...aquí somos muy deprimidos... nosotros vamos para el psicólogo y ustedes siempre andan contentos y me asombra que ustedes llegaron de allá, emigraron y deberían estar más triste que nosotros, pero ustedes son los alegres, nosotros somos los tristes» (...) es que son diferentes a los venezolanos, otro estilo, (...) los chilenos, yo siento que son más cerrados, (pero) son simpáticos...”

Pero en las nuevas comidas, nuevas conversaciones o nuevos bailes no paran las nuevas costumbres. En Venezuela siempre usaba su auto para visitar centros comerciales y acá, caminar a los parques cercanos se volvió su actividad predilecta, siempre junto a su hija y nieta, que pasan los días bajo su cuidado. El hábito de esmerarse en verse siempre bella, tan venezolano, también se fue flexibilizando. Las peluquerías ya no son tan accesibles y ahora necesita zapatos deportivos para sus largas caminatas. Sin embargo, aprendió a ser su propia estilista, así como aprendió a todo lo demás. El resultado es una Yudith con habilidades nuevas, adaptada y feliz.

Lo único capaz de perturbar su optimismo fue ver como dañaban la estación de metro más cercana a su casa, durante el Estallido Social en octubre de 2019. Luego, cuando se empezó a hablar de escribir una nueva Constitución, tuvo miedo de que se repitiera lo sucedido en Venezuela (el chavismo, entre sus primeras políticas, llamó a la conformación de una Asamblea Constituyente en el año 2000). Solo pudo tranquilizarla su hija, cuando además de pedirle que dejara de mirar las noticias, le hizo ver que, así como se fueron de su país, podían irse de éste, y volver a empezar. Por eso, aunque la pandemia profundizó la incertidumbre, Yudith sabe que pase lo que pase, cualquier lugar del mundo puede ser su hogar si llega allí junto a los suyos, porque más que una “mujer migrante”, es parte de una “familia migrante”.

Capítulo III – La agencia

Yudith trabajó profesionalmente desde que se graduó de la universidad hasta alcanzar la jubilación. De allí que migrar para ser abuela; además de madre, mujer y esposa, significara también hacer las pases con unas labores del hogar con las que antes no comulgaba, pero como todo, Yudith va aprendiendo y abrazando lo nuevo con optimismo. Eso era lo que su hija necesitaba de ella en su venida, además del estar juntas y felices de nuevo, un apoyo en el cual descargar las labores de cuidado mientras se encargaba de hacer dinero en un país nuevo, siendo mujer, madre y migrante. Para Yudith, sus hijas, nietas y marido (una segunda nieta, hermana de Noa, nació hace menos de un año) son su principal labor ahora y lo ejerce dedicada y encantada.

“Yo nunca pensé que yo iba a ser una señora que se iba a quedar haciendo labores del hogar porque eso estaba en contra de mis principios. (...) los papás decían "estudie porque si sale un hombre malo, usted le da una patada en ese rabo...". Y entonces yo estudié, me gradué y siempre trabajé, siempre. (...) tenía alguien en la casa que ayudara y cuando no, a mí no me gustaba hacer los oficios tampoco. (...) Pero después aquí, me descubrí fregando, haciendo las cosas de la casa, limpiando y contenta. O sea que me descubrí contenta haciendo cosas que yo pensaba que no me iba a gustar hacer.”

El optimismo de Yudith a su llegada y con sus nuevas labores y hábitos parece consecuencia de esa alegría cultural venezolana casi patológica, que nos ubicó en los primeros lugares de listados de “los países más felices” hace un par de años, a pesar de la crisis que estábamos viviendo. Sin embargo, adquiere un mayor sentido cuando entre risas, recuerda a su papá fallecido hace doce años, a quien le dicen que se parece mucho, sobre todo en personalidad:

“Cuando (papá) volvió de la amputación, nosotros pensábamos cómo explicarle que ya no tenía una pierna. Buscamos psicólogos y demás (...) Cuando despertó dijo «Bueno, gracias a Dios que estoy vivo. Me cortaron esa pierna, pero estoy vivo...». Entonces después uno más

bien le echaba broma... Yo me recuerdo que había una señora (con una sola pierna) que bailaba, entonces mi papá me dice «Usted me va a averiguar cuándo le cortaron la pierna esa señora». En el otro viaje yo le dije «se la cortaron cuando tenía siete años» y él «¡Ahh! con razón... a mí me la cortaron ya ya viejo, no me dió tiempo de entrenarme...» jajaja.»

Y así es como Yudith aprendió desde niña a enfrentar las dificultades de la vida. O quizás fue una facultad heredada, o quizá también tiene que ver con su venezolanidad y ésta alegría de los que nos criamos cerca del Mar Caribe. Así enfrentó la discapacidad cognitiva de su hija mayor, la migración de su hija menor y la suya propia. Así enfrenta la incertidumbre política y la pandemia. Así cuida una familia con dos patrias, siendo ella una “matria” en sí misma. Un hogar que puede trasladarse a cualquier punto de mundo y ser igual de familiar, cálido y feliz.

“Yo soy una persona contenta con la vida que me tocó vivir, contenta con mi familia, contenta conmigo misma, contenta con mi forma de ser. Yo tengo una hija con discapacidad, pero yo aprendí que bueno, que al final era una forma de Dios de demostrarme su amor, porque es una niña que... siempre voy a estar acompañada. (...) Yo digo «bueno, si uno se ríe está bien, cuando deja de reírse está mal» (...) «y cuando deja de bailar también» Entonces aquí, aunque no salgamos, yo le digo «hay que echar una bailaita». (...) Y yo digo que también soy buena gente, bondadosa (...), bueno, una persona genial, como dice mi nieta.”

Rebeca ama

Capítulo I – La decisión

Conocí a Rebeca en Maracaibo (mi ciudad natal), no sé en qué contexto, pero frecuentábamos los mismos círculos sociales porque tenemos la misma edad. Con ello y que es prima de una de mis más viejas amigas, no creo haber cruzado palabra con ella mientras vivíamos allá. Por eso, cuando me la encontré caminando en Ciudad Empresarial, en una ciudad a la que ninguna de las dos pertenecía, saludé con cuidado: ¿Podría ser la migración, como factor común, una buena excusa para entablar una amistad?

Rebeca migró a Santiago en 2016, al igual que yo. La deteriorada situación económica venezolana fue su motor de empuje, pues no veía mucho futuro profesional a pesar de su talento. Además, su mamá, que había trabajado toda la vida, empezaba a tener problemas para sostener la casa y una Rebeca sin oportunidades no podría ayudarle. A ese caldo de cultivo se le sumó que Mariana, su novia, había decidido migrar a Chile y probar suerte.

Sí, Rebeca es lesbiana. Lo dijo con un hilito de voz en el primer conversatorio de Mujeres Migrantes al que asistió, pero lo que siguió su relato fue un contundente testimonio sobre la presión que puede representar el amar libremente cuando sigues bajo el conservador cobijo de tu familia o el grupo de personas que te vió crecer. Su testimonio también dejó ver cómo migrar puede ser, entre otras cosas, un camino para librarse de dicho cobijo. Rebeca al reconocerse lesbiana se rebeló ante una sociedad venezolana machista, heteronormada, que valora a las mujeres principalmente por su atractivo físico e impone estándares morales directamente heredados del catolicismo. De allí que autodenominarse lesbiana le significara, incluso, empezar a perder vínculos.

“Tengo unas tías que literalmente dejaron de tener comunicación con mi mamá y conmigo, porque se enteraron de que soy gay. Se enteraron cómo era mi estilo de vida y cómo era yo (...). Ellas fueron parte de mi crianza, eran mi mamá y ellas.”

Por supuesto que la cultura de una ciudad caribeña de mediano tamaño, sumergida en una profunda crisis económica, es conservadora con respecto a la cultura del Gran Santiago. En general ha habido distintos episodios (virales en redes sociales, como el de unos garzones venezolanos que increparon a una pareja de mujeres en un restaurante de Sushi) en que los venezolanos han demostrado ser de “estirpe” conservadora. Por eso, no es raro que Rebeca no quiera volver a Venezuela y sienta un rechazo al lugar que le recrimina ser quien es, aunque en su experiencia ese rechazo se reduzca casi exclusivamente al conflicto con sus dos tías.

“Quizás sanar esta situación específica con estas personas sea una partecita de algo más grande. Quizás si logro sanarlo, puedo sanar algo más grande con Venezuela. Porque a mí me dicen “Venezuela” y yo inmediatamente lo reduzco a esto.”

Entonces migrar, para Rebeca, ya no era solo buscar un futuro profesional posible, ni era solo perseguir la relación que estaba empezando con Mariana. Migrar era todo eso, y era también abrirse a las posibilidades de ser “sí misma” y vivir esa mismidad plenamente, lejos de los juicios que le impedían explorarse, conocerse y amar.

Capítulo II – La llegada

Es paradójico poder sentirse protegida en una ciudad tan grande como Santiago, como si la multitud otorgara un anonimato que lo hace todo posible. Un vuelo hizo la diferencia en la Rebeca que cuidaba no desentonar demasiado y que ahora, estando en esta ciudad nueva, grande y moderna; abre las puertas a reiniciar

la adolescencia, abrazar la rebeldía, y quemar etapas a toda velocidad con más entusiasmo que nunca.

“Pude vestirme y comportarme de acuerdo a cómo me sentía en ese momento. Sin preocuparme por si me iban a gritar en la calle o lo que iba a decir mi familia. Por eso creo que sentí que mi cuerpo se soltó, sentí que podía bailar en la calle si me daba la gana. Fue un cambio en mi lenguaje corporal, o incluso también en cómo hablaba. En Maracaibo era abierta pero más comedida, no podía usar palabras que acá sí... No sé, el poder decir «¡Soy lesbiana!» (...).”

La enunciación, el baile, la nueva adolescencia. Vivir en pareja por fin, sin pensar en qué dirán los que deberían apoyarle. Rebeca cambió su forma de vestir, hablar y ser porque se sintió protegida y a la vez más libre, por lo que pronto, ese nuevo “yo”, se encontró inserto en una sociedad nueva y prometedora. Con ese entusiasmo empezó a trabajar, y aunque aún no era de “diseñadora gráfica”, la experiencia de atender al público en un mall del oriente santiaguino le permitió empezar a familiarizarse con la “temida chilenidad” de la que había escuchado tantas cosas. Como esperaba, su conclusión fue que no era tan terrible, aunque después, sin embargo, llegó a conocer otras aristas.

Cuando por fin empezó a trabajar como diseñadora en una agencia de publicidad sintió que estaba empezando a andar el camino que imaginó desde su casa en Maracaibo, ese que le permitiría desarrollarse profesionalmente. No esperaba encontrarse con que su superior directa haría todos los cuestionamientos a su talento que ella nunca hizo, terminando por afectar su autoestima. Además, el resto de los compañeros parecía disfrutar de mantenerla al margen, hablar en secreto delante de ella o simplemente, hacerla sentir siempre extranjera.

Con un mayor “carrete” (como llaman al “hacer carrera” en la industria publicitaria) Rebeca entendió que su condición de extranjera venía de la mano con ciertas situaciones que iban desde comentarios necios hasta vejaciones. Mientras a su novia Mariana la exotizaban en la calle por su color de piel o tipo de cabello; a

Rebeca le cuestionaban la venezolanidad: “¿Por qué si tengo la piel y los ojos claros no puedo ser venezolana?”.

“o por actuar como... porque también me pasa mucho, me han dicho que más que por el físico es como por la forma de actuar, como que obviamente esperan que sea la niña coqueta, la niña de pelo largo, la niña que se mueve o habla de cierta forma y no. No soy así. (...) yo recibí un comentario como «¿Por qué tienes el pelo corto si las mujeres venezolanas usan el pelo largo y así como desbaratao»”

La sensualidad, como estereotipo de la mujer venezolana y caribeña, termina por ser una carga para las que migramos y nos vemos encasilladas y sexualizadas por ese papel. Acá coincidimos Rebeca y yo y ha sido maravilloso escucharla decirlo, porque le entrega sentido también a mi historia. Ser migrantes venezolanas en Chile ha provocado para nosotras una revisión de la feminidad y la sensualidad con la crecimos, frente a con la que queremos vivir. Un divorcio (y quizás también una reconciliación, pero luego de la reconstrucción) de los estereotipos.

“Y yo nunca me sentí identificada con este cuerpo de «guitarra tropical», siempre lo he detestado, desde pequeña lo he detestado, y es precisamente por esa condición de que las caderas son femeninas, son sexys, «...te tienes que poner cosas apretadas para que se te vean la nalgas», que sé yo.”

Capítulo 3 – La agencia

Rebeca ganó unos 15 kilos con su migración y eso le sumó unas curvas a su cuerpo que antes no tenía. Yo perdí 10 kilos y mi cuerpo se hizo más acorde al ideal de belleza femenino. Tanto Rebeca como yo, quizás por nuestras coincidencias de origen y edad o quizás solo por casualidad, estamos revisando nuestra feminidad a la luz de las mujeres que hemos conocido en Santiago y la forma en que el resto de la sociedad las percibe. Soltar los estándares estéticos venezolanos, heredados

directamente de los concursos de belleza, nos abrió un mundo de posibilidades que nos lleva a soltar la obligación de aspirar a la belleza como ritual cotidiano.

“Chile ha sido un ejemplo gigante en cuanto al «no tengo por qué usar tacones siempre», «no tengo por qué maquillarme todo el tiempo», «no tengo por qué operarme los senos» o qué se yo... Puedo pintarme el pelo de mil colores si me da la gana y ser «cool», y puedo identificarme en un espacio gris, no tengo que escoger entre blanco y negro, porque hay muchas más opciones, una escala de grises en cuanto a lo que es ser una mujer, su representación y su expresión. (...) creo que eso ha impactado muy positivamente en mí, aunque creo que aún hay muchas cosas que trabajar...”

Santiago no es la ciudad perfecta y Rebeca lo sabe, pero aunque a veces le agobia la ansiedad, sigue trabajando por el futuro que imaginó aún estando en Maracaibo. La relación con Mariana no soportó los estragos de la cuarentena del COVID-19, pero esta sigue siendo la ciudad donde se ha sentido más libre con respecto a su sexualidad y expresión de género. Mientras tanto, aprovecha la introspección del encierro para trabajar su amor propio. Con su mamá a su lado (pues migró también a Chile en 2019), trabaja por hacerse un espacio en el mundo laboral que la exima de maltratos y le entregue el suficiente capital para emprender. Rebeca migró para ser libre, y ser libre para ella ha sido amar a la pareja que elija, sin miedo, tanto como a sí misma.

Yiniba Llorca

Siempre fue mi propósito, para este ejercicio académico, ser juez y parte. Me disculpo por eso. “Toda investigación surge de un dolor”, me dijo Claudia, una compañera de magíster que se convirtió en una gran amiga, sin revelarme sus fuentes, sabiendo que el dolor era muy evidente en mi tema de tesis. Y es que saberme migrante ha dolido tanto que tardé mucho en admitírmelo.

Mi historia es un rompecabezas que he ido armando en cada uno de los conversatorios de “Mujeres Migrantes”, en los talleres que fueron parte de esta investigación y en un par entrevistas que me han hecho colegas permitiéndome escucharme a mí misma, también de ese lado. Mi intención al contarla es dar cuenta de que por más que haya sido investigadora, siempre, en cada conversatorio y cada taller, estuve también involucrada como investigada, escuchándome y entendiéndome en una práctica que Pamela llamaría “meterse a la piscina”. Esta es mi forma de expresar que escucho y hablo desde el agua y no desde una posición neutral, no desde la comodidad de una silla reclinable, sino desde mi dolor y mi experiencia migrante.

Capítulo I – La decisión

Migrar siempre es una decisión radical, sea consciente o inconsciente. Siempre estamos huyendo de algo, salvándonos de algo o de alguna manera, conservando la vida. El problema es que es muy duro admitirnos eso.

Cuando yo decidí migrar, por supuesto, no era consciente de la radicalidad de mi decisión. Empecé a coquetear con la idea cuando tenía veintidós años y estaba escribiendo la tesis para recibirme como Licenciada en Ciencias Políticas. Maira Montilva, mi amiga y profesora que no aceptó ser mi tutora oficial, pero terminó siendo mi “asesora” (un título inventado que nos permitía tomar café tres

veces por semana), dejaba escapar cada tantas reuniones los recuerdos que tenía de su maestría acá en Santiago y, además, sus aspiraciones de volver y que yo lo hiciera con ella. Yo, entre que la escuchaba y trataba de aterrizarla en mi trabajo, empecé a fantasear con una ciudad más austral, más intelectual y moderna, que podía brindarme mejores herramientas para mi incipiente activismo feminista.

Por otro lado, para nadie es noticia nueva que Venezuela es un país en crisis. La misma crisis que mermó completamente el patrimonio de una profesora universitaria como Maira, tenía para mí, aún en el entorno privilegiado que me habían procurado mis papás, otras consecuencias. La primera era el fantasma asfixiante de la inseguridad que ya me había puesto más de una vez delante de un arma de fuego, con la vida a la discreción del pistolero de turno. La segunda, era las poquísimas probabilidades que tenía de hacerme económicamente independiente, y por ende también a nivel personal, dada la desvalorización de la moneda, la precariedad de los sueldos y la inflación.

Por último, mientras me graduaba de pregrado y decidía mi siguiente paso, mi familia tomaba la decisión de mudarse a una nueva casa donde mis hermanas menores, mi mamá y yo viviríamos ahora junto a mi padrastro, cambiando el núcleo que teníamos desde 2004, luego de la repentina muerte de mi papá. Y yo, que desde ese entonces me había sentido como el patriarca suplente de una familia frágil a la que tenía que cuidar; estaba sintiendo ahora, al nivel más íntimo e incluso inconsciente, que también me estaba quedando sin espacio en mi casa.

Esa “falta de espacio” como razón para migrar, sin embargo, solo pude entenderla mucho después de haber migrado. Para el momento, siempre que me enfrentaba a la pregunta respondía rápidamente y con mucha seguridad: “Yo voy a Chile a estudiar”, y aún así, migré sin siquiera haber postulado a la universidad. Mientras, mi novio había comprado su boleto y planeaba arrendar un apartamento para que yo llegara y viviéramos juntos. Todo parecía mucho más definitivo que un período de “estudiante internacional”.

La noche que llegué a Puerto La Cruz, Venezuela, a legalizar mi título universitario en el Consulado de Chile, lloré mirando la luna. Por cursi que suene, me consolaba pensando que, a pesar de la distancia, esa iba a ser la misma luna que vería luego como migrante, unos 4.500 km al sur.

Capítulo II – La llegada

*“Volver a ser de repente
Tan frágil como un segundo
Volver a sentir profundo
Como un niño frente a Dios
Eso es lo que siento yo
En este instante fecundo”*

*Volver a los diecisiete,
Violeta Parra.*

Y llegué a Santiago el 8 de junio de 2016, a pesar de que Maira me había advertido que no migrara cerca del invierno. Me recibió mi hoy esposo en un departamento tipo estudio en el centro de la ciudad, y aunque no me aceptaron en el magíster, al mes de haber llegado ya tenía trabajo. Volver ni siquiera me pasó por la mente. Una agencia de publicidad me dio la oportunidad de ser *Community manager* y me regaló a mis primeros amigos chilenos. Ellos, junto a mi esposo y el departamento tipo estudio, fueron testigos de mis durísimos primeros meses. Migrar no es fácil y yo me lo hacía más llevadero entre lágrimas mañaneras, exceso de trabajo, madrugonazos y un montón de alcohol.

Las anécdotas salvajes de Santiago son para otra historia, pero aquí viví mi segunda adolescencia. Siempre le estaré agradecida a esta ciudad por eso. La adolescencia es rebelde como irse a Viña del Mar después del trabajo y volver tomada el día siguiente, pero también es vulnerable como *la conchetumare*. Mi cara morena y mi acento confuso me condicionaron siempre a una cotidianidad

agotadora en la que constantemente he tenido que recordar, revisar y recontar mi historia casi a diario. Abrirme a ese dolor, me permitió abrirme a dolores mucho más antiguos.

Pero no solo eso. Si en Venezuela con su cultura caribeña, estamos condenados a una felicidad culturalmente obligatoria; en Santiago, que es la parte de Chile que conozco, la tristeza es un sentimiento válido y valioso. Porque hay más frío, porque la dictadura es una herida aún abierta, porque hay más consciencia de la importancia de la salud mental o simplemente porque sí; el que acá estar triste no sea motivo de vergüenza sino, en muchos casos, la posibilidad de conectar con el otro, me abrió otro mundo y me abrió hacia mí misma. El duelo migratorio, en este nuevo entorno que me permitió sentirlo, me regresó al duelo de haber perdido a mi papá a mis diez años. Fue así como dejé de abrazar el endurecimiento de mi adultez prematura para abrazar mi tristeza.

Y aunque así lo viví en ese momento, solo lo reconocí años después cuando ya llorar era costumbre y la vida me cambió a una maestra por otra. Maira nunca llegó a Santiago porque murió, se suicidó más bien, cuando la vida en nuestra Maracaibo se hizo muy dura para su alma sensible. Yo, sin embargo, tuve la suerte de encontrar a otra maestra en Pamela, que me serviría de guía para visualizar nuevas aspiraciones y encontrar, por fin, un nuevo propósito: la Fundación Mujeres Migrantes.

Hablar salva ¿no? Por eso lo hacemos. Hablar crea. Hablar, tener la capacidad del lenguaje oral o escrito, es lo que nos diferencia de otros animales y los que nos ha mantenido como la especie dominante. Hablar nos organiza, nos protege, nos une y nos salva. Fundación Mujeres Migrantes nació de dos mujeres que hablando se sintieron salvadas y tenían que compartirlo con otras. Pamela Astudillo, chileno-venezolana, tenía todo un aprendizaje en Transformación Cultural y Biología del Conocer para poner al servicio de la dolorosa diáspora venezolana. Y yo... yo lo que quería era sentirme útil de nuevo. Pamela era la guía que necesitaba para seguir hallándole sentido a mi historia y yo desde entonces le soy

tan útil como puedo. Iniciamos con conversatorios donde simplemente hablábamos de nuestras migraciones y no hemos sabido parar.

Capítulo III – La agencia

Fundación Mujeres Migrantes es un proyecto con expectativas de crecimiento. Más de doscientas mujeres migrantes han asistido a nuestras actividades y forman parte de nuestra importantísima red de apoyo. Nos basamos en la conversación como instrumento poderoso, pero sabemos y reconocemos que los vínculos que se van creando en los encuentros tejen las redes vitales que nos protegen en nuestros nuevos hogares. Nuestra labor es reconocer las vulnerabilidades de la migración y reconstruir las redes que las apaciguan. Hablar – reconectar - reconocer – reconstruir. Hablamos para soltar en un espacio de contención donde conectamos con otras que han vivido lo que nosotras, allí reconocemos las vicisitudes de nuestra historia, y eso es importantísimo, porque solo reconociéndolas podemos actuar para subsanarlas, para nosotras y para otras.

Fue en los conversatorios de Mujeres Migrantes que me reconocí en mi segunda adolescencia. Fue allí donde vi que “salía de carrete” para apaciguar el dolor y que era más vulnerable que nunca. Fue allí donde vi que por años había anulado mis sentimientos porque tenía dolores muy antiguos bien guardados, que la migración ahora estaba removiendo. Fue allí donde supe que nunca fui “estudiante internacional” y siempre fui migrante, aunque me doliera admitirlo, porque en el fondo sabía que no volvería. Fue allí donde vi que yo necesitaba salir de Venezuela para escapar de una casa que, aunque era muy grande, me dejaba sin espacio. Fue escuchando mi propio relato, pero también el de muchas otras, que supe que migrar para mí había sido una decisión radical. Que no tenía más opción, que no tenía más espacio, y lo mismo pasó con ellas. Migrar así, sin fecha de

retorno, siempre es para salvar el cuerpo o el alma. Siempre implica que no hay otra opción.

Por eso Maira quería migrar, por eso solo hablaba de volver a Santiago. Finalmente se encontró en la encrucijada y se le bloqueó el camino que la traía a nuestra fantasía. Pero aquí me puso mi amiga-brújula, y ahora la veo en cada crespita que me cruzo en la calle que, con su piel morena divina, disfruta el invierno santiaguino como si estuviera en Patanemo. Queda mucho por hacer aquí en Santiago y aunque no sé si me quede para siempre, hoy tengo un propósito junto a Pamela y Mujeres Migrantes, un marido, unas amigas que son mi guía, a mi hermana que me la trajo, un perro, un par de grandes amigos y un enamoramiento que me pegaron par de años atrás que ni con cachetadas de realidad se quita: gracias Maira, gracias Santiago.

REFLEXIONES FINALES

¿Es posible un punto medio entre la posible desmovilización apolítica adjudicada al enfoque individual y la movilización, a través de categorías posiblemente totalizantes e invisibilizantes, de un enfoque colectivista?

Es difícil, desde los activismos que procuramos políticas públicas de reconocimiento, plantearnos también ante la realidad homogeneizante de las categorías identitarias. Intentar reducir a las mujeres migrantes a un sujeto homogéneo podría tener como resultado un modelo ficticio que deja por fuera la riqueza de las distintas experiencias que las mujeres migrantes podrían representar.

Nosotras, creo, no queremos construir un espacio de “mujeres” y “migrantes”, que sabemos llenos de vulnerabilidades, que sea eterno e inamovible. Lo que nos agrupa son nuestras vulnerabilidades y dolores, sí, pero es precisamente eso lo que también buscamos superar y abolir. La identidad migrante entonces debe permitir complejidad y diferencia en nuestras historias individuales, que a su vez permiten desdibujar la otredad y las vulnerabilidades.

De ello, la filósofa Rosi Braidotti (2005) señala que no solo es posible, sino que es necesaria la construcción del (lxs) sujetx(s) ya no desde la negación, desde el “no ser” (ciudadanas, blancas, privilegiadas...); sino desde la afirmación, permitiendo “una reapropiación colectiva de la singularidad de cada sujeto sin desatender su complejidad” (pág. 25). Esto, sin que ello represente una imposibilidad para el hacer político.

Para Braidotti, el auge migratorio europeo, con las oleadas de nacionalismo, racismo y xenofobia que ha provocado; demanda el surgimiento de múltiples sujetxs de forma que sea imposible la observación de un mundo polar o binario. Por tanto, la visibilización de las diversidades es un fin en sí mismo; logrando además de la realización del sujeto “nómade” (andante, fluidx, complejx), la deconstrucción del sistema patriarcal, binario y opresor. Ello, sumado a la política de localización (que

conocemos en el feminismo más pop como “revisión de los privilegios”) y la creación de coaliciones políticas entre sujetos diversos con fines parcialmente comunes, constituye el camino político que Braidotti plantea para desestructurar el sistema injusto al que el feminismo se enfrenta y a su vez, al que se enfrentan todas las minorías.

En momentos en los que la separación entre el feminismo radical y feminismo liberal supone el posible rechazo a las reivindicaciones de las individualidades trans, se hace aún más urgente repensar las categorías identitarias para que no sean estamentos fijos que suponen al ser como algo dado. Por el contrario, parecemos requerir del entendimiento de la identidad como algo tan complejo como pueden ser nuestras experiencias individuales, en virtud de respetar y proteger cada forma de existencia libre. Por eso el entendimiento de la identidad como una construcción individual y permanente, y la propuesta de Braidotti de sujetxs nómades agrupados alrededor de fines más que de vivires, presenta una propuesta posiblemente más amable.

Y pienso, quizás contar nuestras historias es también un modo de “repetición subversiva” (como bien llama Butler a las performances de amaneramiento y travestismo), ante voces más poderosas que parecen querer silenciar nuestras experiencias. Sobre todo las de las mujeres migrantes que somos parte de las diásporas venezolana, nicaragüense y cubana, que al huir de regímenes de izquierda hacemos parte de una disidencia incómoda para los movimientos sociales de los países a los que llegamos. Los feminismos, mayoritariamente de izquierda, han aplaudido y excusado a nuestros opresores, han justificado la violencia policial, nos han llamado supremacistas blancas o mercenarias del gobierno estadounidense; porque el binarismo ha permeado en el movimiento y ante ello, no es posible comprender nuestras vivencias.

De allí que sea tan importante tener una mirada crítica hacia nuestras propias creencias, para un nuevo feminismo que no solo acoja la enorme diversidad de realidades de las mujeres en el mundo, sino que además permita el desmontaje del

sistema falocéntrico, redefiniendo la subjetividad femenina como “una diferencia diferente”, desde una perspectiva afirmativa, que dependa de sí, y no de la negación de un otro. Solo así tendremos, dentro “del feminismo”, también las mujeres migrantes, la oportunidad de reconocer las riquezas de nuestras distintas historias y, por tanto, reconocernos a nosotras mismas como devenires con múltiples posibilidades, más allá de las estructuras sociales marginales impuestas.

¿Quiénes somos las sujetas de esta investigación?

Ahora, dentro del mismo ánimo de la política de localización, es necesario reconocer que las historias narradas en esta investigación no son las historias más duras de la migración, que gozan en cierta medida de mayor representación en estudios y medios de comunicación. Todas las mujeres participantes cursaron estudios universitarios y, aunque la migración las expone a posibles crisis de pobreza transitoria, todas, al momento del levantamiento de datos, contaban con sus necesidades más básicas cubiertas y el estado de bienestar relativo necesario para acceder a conversar y a explorar su propio ser.

Quisiera aclarar también que, en cierta medida, trabajar con mujeres de estas características no fue una decisión completamente discrecional o consciente. Ha sido más bien resultado no controlado de las convocatorias que realizamos desde la fundación, que suponemos no llegan a las mujeres migrantes más vulnerables porque ello requeriría una infraestructura (de cuidado de niños o ancianos, de cobertura de medios de transporte, de llegada a comunas periféricas, etc.) con la que no contamos actualmente. Básicamente creemos que, para sentirse convocada por una actividad que va sobre hablar de nuestras experiencias, hay que tener ciertas necesidades básicas cubiertas que impide esa otra llegada.

Y en ese mismo sentido, ha sido muy relevante para la investigación poder contar con dos mujeres chilenas de nacimiento (Pamela y Victoria) que, sin

embargo, hacen vida como migrantes en Chile. Y lo digo así porque ambas se han sentido convocadas a actividades para “mujeres migrantes” y han compartido con nosotras sus vivencias como cualquier otra. Migrar entonces tiene muchas formas, y ha sido y seguirá siendo muy enriquecedor para nosotras poder compartirlas y explorarlas.

Revisando las narrativas que nos identifican

*Formar manadas para migrar es una misma cosa
No hay migrar sin formar manada
No hay manada sin migrar.
Es cosa de ver a los pelícanos y mirarnos al espejo
O sacarnos una foto al final de un conversatorio.²*

Si bien cada historia plantea experiencias distintas, en los conversatorios de la Fundación Mujeres Migrantes siempre decimos que nuestra intención es buscar “la pauta que nos conecta” y con eso, buscar nuestras experiencias en las historias de la otra. Encontrar los puntos comunes no solo nos permite esta experiencia terapéutica de escucharnos en la voz de la otra y sabernos acompañadas en el difícil proceso de migrar, además como investigadoras, a Pamela y a mí nos ha permitido conocer mejor las formas de migrar de las mujeres. La pauta que nos conecta no nos homogeniza, pero sí nos permite encontrarnos y tener estos objetivos comunes que de los que habla Braidotti.

En este sentido quiero hacer, antes de cerrar, un breve recorrido por los distintos puntos de encuentro que fuimos encontrando en los conversatorios y que nos fueron permitiendo la construcción de nuestras narrativas de forma conjunta, aún cuando contaban nuestras experiencias más específicas.

² Parte de un poema escrito por Pamela, y recitado en uno de nuestros encuentros de autorretrato y conversación.

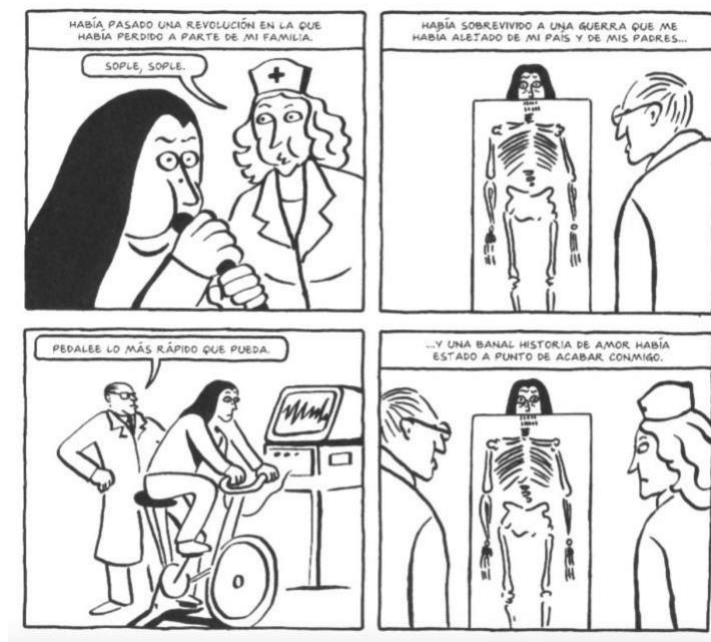
Nos conecta el dolor del desplazamiento

“Es que no es Chile, no es Chile. Es la migración. No es Chile.”

Migrar es una experiencia dolorosa porque supone un “dejar atrás” la vida anterior. Se extrañan los modos de vivir y de ser que acostumbrábamos y por supuesto, también a la gente. Perder el estatus, amor y la contención de las redes de apoyo puede vulnerarnos mucho más de lo que creemos, pues nos deja sin ese grupo de personas al que acudir cuando lo necesitamos. Si bien, esta experiencia pudiera destacar en unas historias más que en otras, el dolor en distintas medidas siempre está presente. Siempre algo queda atrás.

“...me gradué de la universidad y tengo que empezar a hacer mi vida y... ¡Ups, tienes que empezar en otro país! ¡Ups, no tienes a nadie que te apoye!”

Un pasaje de la novela gráfica “Persépolis” de Marjane Satrapi (2007) refleja muy bien este peligro al que quedamos expuestas al perder las redes de apoyo:



Satrapi narra en el 3er volumen de la novela que había terminado una relación amorosa a la que había confiado toda su estabilidad en el país al que migró. Al quedarse sin eso, el resto se fue desmoronando. Finalmente, se quedó sin techo y sin amigos, por lo que contrajo una bronquitis luego de dormir varias noches de invierno a la intemperie. Puro haber muerto, solo por no haber perdido ese apoyo y no tener dónde acudir.

“Migrar es una situación difícil, que trae miedos, trae nervios, trae preguntas y... bueno, un poco... de tristeza dejar, dejarse, dejar ese lugar.”

Nos conecta el dolor de la patria perdida

*Reconfiguro la venezolanidad cuando me tomo el café de la mañana
Y le pregunto a mi esposo cómo está Venezuela
Esto me conmueve mucho, porque es como un ritual
El café y cómo está Venezuela, como si fuera una persona.³*

Haberse alejado de Venezuela físicamente no significa hacerlo también mentalmente. Todas dejamos familiares y amigos atrás y por tanto el país es una herida abierta, que duele algunos días más que otros y que quizás duela mucho menos luego, pero que siempre está considerablemente presente. Además, al caso venezolano también es adjudicable una permanente preocupación por el estado de la crisis, que aún con sus altibajos, no deja de presentar un panorama general desalentador, compuesto no solo por lo que viven quienes siguen allí, con las dificultades para encontrar comida o medicinas, sino además las cada vez más extremas condiciones a las que se enfrenta diáspora en sus trayectorias escogidas.

“Por eso cuando muchos dicen «en Venezuela yo estaría...», les digo ¡es que Venezuela ahora no es la misma!”

³ Parte de un poema escrito por Pamela, y recitado en uno de nuestros encuentros de autorretrato y conversación.

Y hay otro dolor relacionado con ello. Hay una versión de nuestro futuro que se perdió para siempre al ver que el país en el que nos proyectamos ya no existe. O incluso, al ver que no podemos volver al lugar de nuestros recuerdos. Quizás queda la nostalgia permanente de saber que Venezuela (o el país que dejamos) más que un lugar fue una serie de momentos, y que de ninguna manera volveremos a vivirlos, a pesar de que podamos evocarlos estando juntas.

Nos conecta el sobreponernos al dolor

“¿Sabes qué? Extraño Venezuela, pero ya no sufro tanto”

Pero aún así, muchas de las historias que contamos hablan también de cómo nos sobreponemos a ese dolor, y empezamos a lograr cosas que no imaginábamos que lograríamos. Quizás es así porque esa historia es sobre todo útil para nosotras, porque nos consuela, nos da fuerza, nos permite poner la migración sobre la balanza y no “arrepentirnos” de la decisión tomada. O quizás (también) a pesar del dolor, sí encontramos nuevas formas de vivir que se alejan paulatinamente de él y nos permiten “lanzarnos a la piscina” (como diría Pamela), integrarnos con la cultura que nos recibe y seguir trabajando por lograr lo que deseamos para nuestras vidas.

“Venezuela te duele por todo lo que pasa, pero también tenemos unas vidas individuales, también somos seres, como seres individuales y yo también creo en eso y, entonces creo que hay que... eso, también encontramos dentro de todo este proceso, encontramos y seguir creciendo como personas porque también eso, eso también va a aportar a Venezuela, va a aportar al lugar donde estás.”

Nos conectan nuestros cuestionamientos

“Me despojo de... de repente de estereotipos sí, pero también de estructuras, de murallas, de contención y empiezo a vivir las cosas un poquito más... desnuda, puede ser.”

Esta investigación, que empezó con la pregunta sobre la identidad, es un reflejo de lo que se pone en cuestión cuando migramos. Enfrentar nuestro relato personal a nuevos relatos, nos enfrenta inevitablemente a nuevos cuestionamientos sobre quiénes somos, por qué somos cómo somos, e inevitablemente eso nos cambia. Es como si migrar nos hiciera más conscientes de cada cosa que somos porque hay unos otros que ahora nos miran con extrañeza, y eso nos entrega una nueva mirada sobre nosotras mismas. Ahora también nuestros ojos nos miran con extrañeza frente al espejo, e iniciamos por eso un nuevo ejercicio de intentar comprender quienes somos.

“como también habían dicho ustedes, como quizás... que yo no lo había pensado nunca así, pero quizás a través de esta herramienta pueda tomar fragmentos de mí e irme armando de otra manera, o rearmando de otra manera lo que yo tengo en mi mente y en mi cabeza.”

De allí que el autorretrato haya sido una herramienta tan útil para los resultados de esta investigación y para luego poder elaborar las historias con mayor soltura. Antes de contarnos, estuvimos mirándonos con la extrañeza propia de la situación que estábamos viviendo. Todo ello, además, mientras una pandemia mundial nos obliga a permanecer en casa, con más espacios de soledad y reflexión de los que usualmente tenemos.

El cuestionamiento de los estereotipos de belleza venezolanos frente a una versión mucho más relajada en Chile estuvo presente, pero también surgieron nuestros modos de hablar, nuestros modos de relacionarnos, nuestros modos de asumir las adversidades y hasta nuestras formas de consumo. Todo ello, mientras paralelamente vamos adoptando nuevas formas de vivir y haciéndonos parte de un nuevo entorno. Migrar también es un proceso agotador.

Migrar para preservar la agencia: La agencialidad y la búsqueda de sentido

Antes de empezar a escribir los resultados de esta investigación y con todo el levantamiento de datos en mis manos, pensaba en cuál era esa cualidad que era transversal a todas las historias. Sin embargo, lo común es lo obvio, toda narración que hacemos tiene una carga moral y tiene también un sentido. Siempre que una historia está completa, está compuesta por un inicio o planteamiento, por un conflicto y por un final resolutorio que nos deja, en mayor o menos medida, una enseñanza. Un final que nos muestra que el protagonista de la historia sufrió una transformación. Y eso es interesante porque esta transformación, a la que nos lleva nuestras historias de migración, es precisamente en lo que basamos eso que somos ahora.

Aunque algunas fuimos más claras que otras en cuanto a la “moraleja” de nuestras historia, todas de alguna forma procuramos narrar nuestras migraciones como un episodio que le dio sentido a nuestra realidad y ser actual, al modo de un “yo migré por o para esto”. Ello da cuenta de cómo ciertos episodios de cambio, que generan un quiebre o giro en nuestras narrativas personales, son esenciales para la búsqueda de sentido personal y para cargar valóricamente nuestros relatos.

Así como hacer el performance de caribeña para encajar en una identidad impuesta por el imaginario chileno era una búsqueda de sentido, “el propósito” es una búsqueda de sentido también, en medio de contextos de caos y dolor. Si algo es cierto, es que el contexto de crisis del país que abandonamos escapa de nuestro control y en gran parte también de nuestro entendimiento, por eso, creo, nuestras historias tienen además de este escenario, uno personal en el que incluso el caos tiene un sentido último. Finalmente, quizás todas teníamos que estar acá, al menos para ser quienes somos ahora.

BIBLIOGRAFÍA

- ACNUR. (2021). *Situación en Venezuela*. Obtenido de acnur.org: <https://www.acnur.org/situacion-en-venezuela.html>
- Acuña, M. E., Castañeda, M., Peñaloza, C., & Vega, D. (Junio de 2015). *Narrativas maternas, transformaciones de género y nudos exploratorios sobre las mujeres bolivianas inmigrantes en Santiago de Chile*. Iberoamérica Social: Revista-Red de estudios sociales, IV, 116-127.
- Ahora Noticias (2018). *PDI: Ingreso de haitianos a Chile aumenta cerca de un 50% en 2018*. Chile. Disponible en: <http://www.ahoranoticias.cl/noticias/nacional/217995-pdi-ingreso-de-haitianos-a-chile-aumenta-cerca-de-un-50-en-2018.html>
- Albornoz, L; Contreras, P; Salgado, F. (2018) *La migración venezolana en Santiago ed Chile: Entre la inseguridad laboral y la discriminación*. Revista Internacional de Estudios Migratorios RIEM, Vol. 8(1), pp. 81-117. Santiago, Chile.
- Amorós, Celia (1991). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- AMUCH, Asociación de Municipalidades de Chile. (2019). *Mujeres Migrantes en Chile: Desafíos y reflexiones*. Santiago: Dirección de estudios AMUCH.
- Ardévol, E., & Gómez-Cruz, E. (enero-junio de 2012). *Cuerpo privado, imagen pública: el autorretrato en la práctica de la fotografía digital*. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, LXVII(1), 181-208.
- Arendt, H. (2009). *La Condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Barelli, A. (2013). *Las devociones marianas de los migrantes latinoamericanos en San Carlos de Bariloche (1970-2012): Prácticas religiosas y procesos identitarios*. Tesis de Doctorado en Historia. Bahía Blanca, Argentina: Universidad Nacional del Sur. Obtenido de repositorioidigital.uns.edu.ar: <https://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/434>
- Battistessa, D. (2019) *Una Masacre silenciosa: Las venezolanas muertas en el extranjero*. El País. Madrid, España. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2019/09/02/planeta_futuro/1567434636_760205.html
- BBC News Mundo. (28 de mayo de 2021). *La historia detrás de la dramática foto de una anciana venezolana que cruzó en brazos de un joven el río Bravo desde México a EE.UU*. Recuperado el junio de 2021, de

bbc.com: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-57283849>

- Blanco, M. (2011). *Investigación narrativa: una forma de generación de conocimientos*. Argumentos, 24(67), 135-156.
- Blanco, M. (enero-abril de 2012). *¿Autobiografía o autoetnografía?* Desacatos (38), 169-178.
- Braidotti, R. (2005). *Metamorfosis: Hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid: Ediciones Akal.
- Bresco, I. (2009). *La construcción narrativa de los eventos del pasado. Una propuesta teórica*. Estudios de Psicología: Studies in Psychology., 215-230.
- Capella, C. (2013). *Una propuesta para el estudio de la identidad con aportes del análisis narrativo*. Psicoperspectivas, 2(12), 117-128. Obtenido de <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol12-Issue2-fulltext-281>
- Carrère, M., & Carrère, C. (29 de Diciembre de 2014). *Crece la violencia y los abusos contra mujeres migrantes en Magallanes*. CIPER, págs. <https://ciperchile.cl/2014/12/29/crece-la-violencia-y-los-abusos-contra-mujeres-migrantes-en-magallanes/>.
- Castro, J., & González, M.-F. (2009). *La insoportable agencialidad del ser: condiciones de posibilidad para una psicología del sujeto agente y de la acción significativa*. Estudios de Psicología: Studies in Psychology, 30(2), 115-129.
- Corbin, J. & Strauss, A. (1998) *Bases de la investigación cualitativa*. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada. Colombia. Editorial Universidad de Antioquia.
- Creighton (2013) *(De)construir la otredad: las mujeres inmigrantes en la prensa escrita española*. Revista de Paz y Conflicto. Vol 6. Universidad de Granada.
<http://revistaseug.ugr.es/index.php/revpaz/article/view/810/926>
- Dammert, L., & Sazo, D. (20 de Marzo de 2021). *La teoría del complot en el Estallido chileno: un examen crítico*. Recuperado el junio de 2021, de CIPER: <https://www.ciperchile.cl/2021/03/20/la-teoria-del-complot-en-el-estallido-chileno-un-examen-critico/>
- De Beauvoir, Simone (1969). *El Segundo Sexo: "Los hechos y los mitos"*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veinte.
- De Castro, C. (2011). *La Constitución narrativa de la identidad y la experiencia de tiempo*. Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas, 30(2), 199-215.

- Departamento de Extranjería y Migración (DEM). (8 de enero de 2020). Permanencia Definitiva. Obtenido de [extranjeria.gob.cl: https://www.extranjeria.gob.cl/vivir-en-chile/permanencia-definitiva/](https://www.extranjeria.gob.cl/vivir-en-chile/permanencia-definitiva/)
- El Universal. (11 de Septiembre de 2018). *Migrantes venezolanos salen del país con los bolsillos llenos de dólares: Maduro*. Recuperado el Junio de 2021, de El Universal: <https://www.eluniversal.com.mx/mundo/migrantes-venezolanos-salen-del-pais-con-los-bolsillos-llenos-de-dolares-maduro>
- Esteban, M., Nadal, J., & Vila, I. (2008). *La Construcción narrativa de la identidad a través del conflicto y la ventrilocuación*. *Glossa. An Ambilingual Interdisciplinary Journal*, 4 (1), 130-145. Disponible online: <http://bibliotecavirtualut.suagm.edu/Glossa2/Journal/dec2008/LA-CONSTRUCCI%C3%93N-NARRATIVA-DE-LA-IDENTIDAD.pdf>
- Fernández, M. (2000). *Cuando los hablantes se niegan a elegir: Multilingüismo e identidad múltiple en la modernidad reflexiva*. *Estudios de Sociolingüística: Linguas, sociedades e culturas*, Vol. 1, N°1. 47-58.
- France24. (13 de marzo de 2021). *La alcaldesa de Bogotá levanta críticas por relacionar a migrantes venezolanos con la inseguridad*. Recuperado el junio de 2021, de France24.com: <https://www.france24.com/es/am%C3%A9rica-latina/20210313-bogota-alcaldesa-migrantes-venezolanos-xenofobia>
- Gaitán, P. (2008). *Identidad como reflexividad. Aproximaciones a la identidad en la Modernidad Tardía desde Anthony Giddens*. (U. I. 3, Ed.) México, Distrito Federal, México.
- Gandarias, I., & García, N. (2014). *Producciones narrativas: una propuesta metodológica para la investigación feminista*. *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*, 97-110.
- García, J. (Abril-mayo de 2006). *Identidad y alteridad en Bajtín*. *Acta Poética*, 27(1), 25-61.
- Grosfoguel, Ramón (2013). *Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y los cuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI*. Berkeley: University of California.
- Hernández Sampieri, R. (2018). *Metodología dde la investigación: Las rutas Cuantitativa, Cualitativa y mixta*. México DF: Mc Graw Hill Education.
- Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, M. d. (2014). *Metodología de la Investigación*. México D.F.: McGraw-Hill.
- Herrera, Y. (Julio-Diciembre de 2018). *Reconstrucción Narrativa de identidades agentivas de mujeres migrantes afrodescendientes en Coquimbo, Chile*. *Oxímora: Revista Internacional de Ética y Política*(13), 173-188.

- Instituto Nacional de Estadística (INE) & Departamento de extranjería y migración (DEM). (2019). *Estimación de personas extranjeras residentes en Chile al 31 de diciembre de 2018*. Santiago.
- Korman, H. (1986). *The Focus Group Sign*. New York: SUNY at Stony Brook.
- La Tercera (2018). "Nos quitan el trabajo": 7 mitos de la inmigración en Chile. Disponible en: https://www.cnnchile.com/pais/7-falsas-verdades-inmigracion-chile_20180920/
- La Tercera (2018). *Venezolanos que han ingresado a Chile este año llegan a 147 mil. Chile, 2018*. Disponible en: <https://www.latercera.com/nacional/noticia/venezolanos-ingresado-chile-este-ano-llegan-147-mil/296539/>
- La Tercera. (27 de Diciembre de 2019). *Dos millones de migrantes en una década*. Especial: Una década vertiginosa. Disponible en: <https://especiales.latercera.com/una-decada-vertiginosa/migrantes/>.
- Liberona, N., & Pagnotta, C. (2012). *La construcción de una nueva identidad en contexto migratorio*. Estudio de casos comparados de inmigrantes latinoamericanos en Italia y Francia. *Imagonautas*, 130-147.
- Luchetti, M. (2009). *La alteridad como configuradora de la identidad*. 5º Jornadas de Jóvenes Investigadores. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Macías, B., & De la Mata, M. (2013). *Narratives of migration: Emotions and the interweaving of personal and cultural identity through narrative*. *Culture & Psychology*, 19(3), 348–368.
- Martín Casares, Aurelia (2008). *Antropología del género: Culturas, mitos y estereotipos sexuales*. Valencia: Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la Mujer.
- Maturana, H. (2004) *Transformación en la Convivencia*. Argentina, J,C, Sáez Editor.
- Maturana, H. (2010). *El Sentido de lo Humano*. Argentina. Editorial Granica.
- Meganoticias. (25 de mayo de 2021). *Venezolana muere en el altiplano chileno tras ingresar irregularmente a Chile en caravana*. Recuperado el junio de 2021, de [meganoticias.cl: https://www.meganoticias.cl/nacional/337876-muere-mujer-venezolana-colchane-migrante-irregular-emx01.html](https://www.meganoticias.cl/nacional/337876-muere-mujer-venezolana-colchane-migrante-irregular-emx01.html)
- Michelini, D. (Junio de 2003). *Identidad Narrativa e Indentidad Reflexiva*. *Agora Philosophica*, Revista Marplatense de Filosofía., IV(7), 59-68.
- Molek, N. (Julio-Diciembre de 2016). *Procesos identitarios entre los migrantes eslovenos de entreguerras y sus descendientes en Argentina*. *Revista La Rivada*, 4(7), 9-27.

- Navarrete, M. J. (14 de Septiembre de 2019). *Extranjería proyecta 200 mil solicitudes de permanencia definitiva*. La Tercera, págs. <https://www.latercera.com/nacional/noticia/extranjeria-proyecta-200-mil-solicitudes-permanencia-definitiva/824812/>.
- Observatorio Iberoamericano sobre movilidad humana, desarrollo y migraciones BIMID (2016) *La Migración en Chile: Breve reporte y caracterización*. España. Disponible en: <http://www.comillas.edu/es/obimid>
- Olmos Aguilera, Miguel. (2011). *Alteridad, etnografía y estereotipos de lo fantástico en la frontera México-Estados Unidos*. Cuicuilco, 18(50), 207-227. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592011000100011&lng=es&tlng=es.
- Organización de Naciones Unidas ONU Migración (2019). *¿Quién es un migrante?* Disponible en: <https://www.iom.int/es/quien-es-un-migrante>
- Organización Internacional del Trabajo OIT (2017) *Mujeres migrantes en Chile: oportunidades y riesgos de cruzar fronteras para trabajar*. Nota #4 elaborada por Carina Lupica, consultora de la Oficina de Países de la OIT para el Cono Sur de América Latina. Disponible en: http://www.ilo.org/santiago/publicaciones/WCMS_560975/lang-es/index.htm
- Organización Internacional para las Migraciones, Misión de Chile. (09 de Septiembre de 2016). *La feminización de la migración*. Recuperado el Junio de 2021, de [chile.iom.int: https://chile.iom.int/es/la-feminizaci%C3%B3n-de-la-migraci%C3%B3n](https://chile.iom.int/es/la-feminizaci%C3%B3n-de-la-migraci%C3%B3n)
- Palacios, Y. (2016). *Perspectiva de género en los fenómenos migratorios: estudio desde Europa y América Latina*. Revista CES Derecho, 145-162.
- Palestro, Sandra (2016). *Androcentrismo en los textos escolares*. Santiago de Chile: Educación no sexista, hacia una real transformación (P. 15-23)
- Parella, S., & Reyes, L. (2019). *Identidades interseccionales: mujeres migrantes poblanas con estatus migratorio indocumentado en Nueva York*. En H. F.-M.-M. González Torralbo, *Migración con ojos de mujer. Una mirada interseccional* (págs. 85-118). Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar.
- Pombo, M. G. (2011). *La organización del trabajo doméstico y de cuidados no remunerados en mujeres migrantes procedentes de Bolivia: posibles lecturas desde el feminismo poscolonial*. En V. Vázquez, & K. Bidaseca, *Feminismos y poscolonialidad Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*. (págs. 247-259). Buenos Aires: Ediciones Godot.

- Programa de Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD). (2020). *Reinventarse sobre la marcha: Mujeres refugiadas y migrantes de Venezuela. Un estudio de sus condiciones y accesos a medios de vida en Colombia, Ecuador y Perú*. R4V, La Plataforma Regional de Coordinación Interagencial para dirigir y coordinar la respuesta a los refugiados y migrantes de Venezuela.
- Red chilena contra la violencia hacia las mujeres. (29 de diciembre de 2019). *Registro de Femicidios*. Obtenido de *No más violencia Contra la Mujeres*: <http://www.nomasviolenciacontramujeres.cl/registro-de-femicidios/>
- Robledo, J. (2009). *Observación Participante: informantes claves y rol del investigador*. Madrid.
- Satrapi, M. (2007) *Persépolis*. (4 tomos). Norma Editorial.
- Sola, S. (2012). *La dialéctica entre las narrativas mediáticas identitarias y los procesos de identificación*. Tesis doctoral. Barcelona, España: Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Mitjans, Comunicació i Cultura.
- Sola, S. (2013). *La importancia de la tradición en los procesos identitarios*. *Ars Brevis*(23), 207-223.
- Stefoni, C. y Silva C. (2018) *Migración venezolana hacia Chile: ¿Se restringe o se facilita la migración de venezolanos hacia Chile?* Revista: *El éxodo venezolano: entre el exilio y la emigración*. Colección OBIMID, volumen N.o 4 (pp. 167-188)
- Stolcke, Verena (2000). *¿Es el sexo para el género lo que la raza para la etnicidad... y la naturaleza para la sociedad?* Xochimilco: Política y Cultura, número 014. Universidad Autónoma Metropolitana (Pp. 25-60).
- Suárez Villegas, J.C. (2013). *La mujer inmigrante en la cultura patriarcal y su reflejo en los medios de comunicación*. *Sphera Publica*, 13, vol. I, 77-94.
- Tilley-Lubbs, G. (Junio de 2015). *La autoetnografía crítica y el self vulnerable como investigadora*. *Astrolabio*, Nueva época.(14), 274-289.
- UNAM-Siglo XXI. (2010). *Enciclopedia de conocimientos fundamentales: Literatura y Español (Vol. I)*. (J. & Labastida, Ed.) México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Universidad de Antioquía, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Centro de Estudios de Opinión. (2002). *La técnica de recolección de información mediante los grupos focales*. Medellín.
- Vásquez González, C. C. (2019). *Interseccionalidad entre el género y raza. Un estudio de caso con mujeres colombianas migrantes en España*. En H.

F.-M.-M. González Torralbo, Migración con ojos de mujer. Una mirada interseccional (págs. 51-84). Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar.

Vinogradoff, L. (29 de mayo de 2020). *El régimen de Maduro tacha de «armas biológicas» a los emigrantes retornados y les amenaza con la cárcel*. Recuperado el junio de 2021, de abc.es: https://www.abc.es/internacional/abci-regimen-maduro-tacha-armas-biologicas-emigrantes-retornados-y-amenaza-carcel-202005291834_noticia.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google.com%2F

Zhang-Yu, C., & Lalueza, J. (2018). *Narrativas identitarias en entornos de diversidad cultural: una autoetnografía gráfica*. Ámbitos. Revista Internacional de Comunicación. (39), 1-15.